



LUCHA DE CLASE

VOZ OBRERA

Unión Comunista Internacionalista

Julio 2020, nueva serie, nº 3



Edita Voz Obrera

precio 3,00 €

ÍNDICE

Ante la crisis económica y social, ¿política reformista o política obrera revolucionaria?	5
La situación de la clase trabajadora en España, los límites del sindicalismo y la lucha obrera	15
De la Covid-19 a la crisis de 2020	21
Crisis económica: Una enfermedad genética e incurable	28
Cómo el gran capital escapa cada vez más a los impuestos	29
Un programa de lucha contra el capitalismo en crisis	36
Lenin: 150 aniversario, su legado más necesario que nunca	43



ANTE LA CRISIS ECONÓMICA Y SOCIAL, ¿POLÍTICA REFORMISTA O POLÍTICA OBRERA REVOLUCIONARIA?

En la historia de las sociedades humanas, la lucha de clases entre opresores y oprimidos, ha determinado los cambios revolucionarios en la sociedad. Cuando el sistema económico y social no funciona y entra en contradicciones tan graves que se pone el riesgo la supervivencia de esa sociedad, se abre un periodo de transformaciones sociales.

En la actualidad el capitalismo en crisis ha colapsado ante la pandemia de la Covid19. Este sistema económico es incapaz de resolver y mantener el bienestar mantenido por el trabajo del hombre. Tanto es así que el Estado, con dinero público, ha tenido que sostener los salarios con los ERTE, y todas las ayudas a las empresas, algo que el sistema económico no ha podido realizar. Mientras tanto estas ayudas también han servido para mantener los beneficios del capital. Es la conciencia de esta situación la que puede hacer que, las clases oprimidas del mundo moderno, las clases trabajadoras, busquen las medidas necesarias que permitan solucionar los graves problemas sociales y económicos.

Para la clase trabajadora este sistema no es reformable porque funciona por y para ganar dinero, explotando al mundo del trabajo. Está basado en la explotación del hombre por el hombre. Por ello, la necesidad de una política revolucionaria para que los y las trabajadoras tomen el poder social y político. Un virus ha mostrado la realidad irreformable del sistema capitalista y la necesidad de cambiarlo de raíz. De este modo sólo hay una única salida de la clase trabajadora: derrocar a la burguesía y su sistema capitalista, tomando en sus manos los medios de producción, de distribución e intercambio y gestionar la sociedad en una verdadera democracia obrera. Esto significa un cambio social y político radical, un cambio revolucionario.

Para la burguesía el capitalismo es su orden social, y no hay otra salida que mantenerlo. Ana Botín, la presidenta del Banco Santander en una conferencia en Madrid en 2019, llamó a “reformar el capitalismo”, y sentenció que “el capitalismo ha sobrevivido gracias a que ha sabido adaptarse a los cambios. Ahora debe volver a hacerlo. Y esta intención no debe quedarse en palabras”. Hace unos días, en una entrevista en diario El País, la gran banquera proponía “un nuevo contrato social”. La burguesía es consciente de la crisis de su sistema.

En esta situación de crisis, como en otras épocas, la clase dominante utiliza un abanico amplio

de estrategias entre dos opciones básicas: un compromiso con las direcciones de los partidos que representan a las clases oprimidas para, con ciertas reformas y concesiones a la burocracia y minoría de la clase trabajadora, salvar el sistema obsoleto del capitalismo. O puede utilizar la violencia pura y dura contra las clases populares y trabajadoras. En cualquier caso, la burguesía busca mantener sus ganancias y hacer pagar de una u otra forma a la clase oprimida el peso de la sociedad en crisis. En los momentos actuales utiliza dentro de la primera opción las fuerzas que se llaman ahora “progresistas”. Mañana puede utilizar la segunda con la extrema derecha de Vox por ejemplo. El ejemplo histórico de nuestra guerra civil nos muestra como el reformismo estalinista y socialista puede hacer un pacto con la burguesía, en este caso republicana, para exterminar físicamente a la vanguardia revolucionaria y aplastar la revolución social en el campo republicano.

La política del gobierno actual responde a la propia del reformismo y oportunismo de la izquierda; sus medidas y actuaciones alargan la agonía del capitalismo, aunque se disfracen con algunas medidas sociales, haciéndoles pagar la crisis a la población trabajadora. A lo largo de los periodos de grave crisis social, es cuando aparece paso a paso, la única disyuntiva posible: socialismo o barbarie.

El reformismo y el oportunismo en la izquierda desde la crisis de 2008 se expresa en España a través del partido político Podemos y su coalición actual con IU, llamada Unidas Podemos. Nacen tras las luchas y movilizaciones desencadenadas por la crisis de 2008, 15M, Marchas de la Dignidad, etc. Este oportunismo se caracteriza por crear ilusiones en las capas populares de la población y de izquierdas, a través de una política crítica con el régimen del 78, al bipartidismo -PSOE-PP-, y su vindicación de la “democracia” en abstracto, y creando esperanzas en la posibilidad de cambiar la sociedad o al menos mejorar a través de las elecciones, el parlamento y, ahora, entrando en el gobierno con el PSOE de Pedro Sánchez, desarrollar un “escudo social”. Según Pablo Iglesias, entrando en el gobierno se “garantiza” el cumplimiento del programa pactado.

El otro aspecto de esta política en la pos pandemia lo llaman “reconstrucción económica”. Ya han dado los primeros pasos a través de la concertación social. Es una forma de unidad nacional, de pacto con la burguesía, así se evita la catástrofe social inmediata y donde, a cambio de

migajas para los trabajadores y la población más pobre, se salvan los beneficios de los capitalistas. Con ello se mantiene la “paz” social integrando a los trabajadores en la rueda del capital.

El programa del “gobierno de progreso” a pesar de ser muy moderado, sólo ha puesto en marcha medidas, que si bien alivian a las clases más castigadas en estos momentos de salida de la pandemia, no tocan, ni la propiedad privada de los capitalistas, ni sus beneficios. Desde los ERTE, -que es una medida de las reformas laborales de Zapatero, ampliada por el gobierno de Rajoy- hasta el Ingreso Mínimo Vital (IMV), pasando por las ayudas a los autónomos, son costeados por dinero público procedente de la caja de la Seguridad Social, por las cotizaciones acumuladas por el mundo del trabajo o vía presupuestos. Es decir la patronal, en especial la gran patronal, no paga nada de la factura de la crisis.

Esto va a suponer un aumento de la deuda pública y corporativa, y en general europea y mundial hasta extremos nunca vistos. “...De 1997 a 2007 el PIB mundial creció un 28,1% y la deuda un 131%, 4,6 veces más. Y de 2007 a la actualidad el PIB mundial ha aumentado un 14,4% y la deuda un 44%, el triple.”¹ España tiene un PIB de 1,49 billones de dólares. Esta deuda será negociada en los mercados financieros, con lo cual se acrecentarán los beneficios de este sector y la especulación que conlleva, agudizando la crisis industrial. Para hacernos una idea del coste, los economistas y expertos hablan en la prensa de una cantidad que puede oscilar entre 20.000 y 30.000 millones de euros para los meses de pandemia. Cifra que aumentaría si, como se espera, las ayudas del Estado permanecen hasta fin de año. Sólo el impuesto a las grandes fortunas propuesto por UP al año sería unos 11.000 millones. Incluso si se hiciera una fiscalidad progresiva sería insuficiente. El sindicato de Técnicos de Hacienda Gestha cifra en 59.000 millones anuales y solo el endeudamiento por la Covid 19 rondaría, según expertos, entre 167 y 200 mil millones este año.

Una vez más la factura de la crisis se paga con dinero público, aunque por ahora el colchón amortiguador alivie a las clases populares. Sin embargo, este colchón no es la solución a un problema provocado en su raíz, por la organización social de la sociedad en manos de los grandes poseedores de capital: empresas, multinacionales, sistema financiero, es decir la gran burguesía. Esta tremenda deuda estará en manos de los prestamistas, es decir bancos, especuladores y grandes inversores, que recibirán sus suculentos intereses. Este endeudamiento de los Estados es la misma política de la burguesía mundial. “El mundo deberá 325 billones de dólares en 2025”

titulaba El País. El espectro de la deuda impagable amenaza con hacer saltar por los aires todo el sistema financiero y productivo del capitalismo. Y, ¿quiénes pagarán los platos rotos?

Las luchas entre las tendencias revolucionarias y reformistas en el movimiento obrero

El movimiento obrero se ha debatido históricamente entre dos corrientes en lucha: la reformista y la revolucionaria. El rasgo más característico del reformismo ha sido su adaptación al capitalismo. Ha desarrollado siempre la idea de que es posible, a través de la democracia burguesa y del parlamentarismo, conseguir conquistas sociales para el mundo del trabajo y lograr progresivamente llegar al objetivo de una sociedad socialista, donde los medios de producción sean públicos y en manos de los trabajadores. La realidad histórica no ha confirmado esta estrategia. Por el contrario la historia del capitalismo ha mostrado que no puede evolucionar por sí mismo hacia otro sistema porque tiene una contradicción fundamental que lo impide: el desarrollo de producción sin límites en un mercado solvente, de limitado consumo, por la explotación del mundo del trabajo, por la propia sostenibilidad del planeta y actualmente por la pandemia. Su evolución y cambio, no ha hecho más que explotar a seres humanos, hacer pagar las crisis a las clases trabajadoras y populares en medio de catástrofes económicas y bélicas.

En palabras de Marx “Al llegar a una fase determinada de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad... (...) estas relaciones se convierten en trabas suyas, y se abre así una época de revolución social.”² El error del oportunismo y reformismo “teórico” es no tener en cuenta las contradicciones propias del capitalismo que llevan de crisis en crisis a poner en jaque hasta la supervivencia humana.

Esta política de conseguir mejoras parciales siempre ha llevado a la traición de la colaboración de clases o a la pasividad ante los verdugos, cuando todavía se hablaba de comunismo o socialismo. En el gobierno o fuera del gobierno. Los casos de Salvador Allende en Chile, o de Hugo Chávez y su llamado Socialismo del siglo XXI en Venezuela lo muestran. En los casos del reformismo teórico como fueron las tendencias anteriores a la Gran Guerra, Eduard Bernstein en Alemania, el estalinismo, o el eurocomunismo a finales de los 70, se disolvieron como azucarillos el primero con el estallido de la guerra, el segundo con la desaparición de la URSS y la

1 Juan Torres “Deuda, La Otra Forma De La Esclavitud”. Publicado en público.es, el 7 de abril de 2020

2 Carlos Marx, “Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política), 1859.

versión “euro” instalándose en los restos de los partidos socialdemócratas.

El capitalismo en su fase imperialista supone el dominio y el reparto de amplias zonas del planeta entre los grandes monopolios y multinacionales mundiales bajo la égida del poder militar de los países imperialistas como EEUU o los distintos países de la UE. Lenin vinculaba este desarrollo del capitalismo imperialista a la corrupción de capas de la clase trabajadora y el reformismo socialdemócrata de la época. Escribe Lenin: “La obtención de elevados beneficios monopolistas por los capitalistas en una de las numerosas ramas de la industria, en uno de los numerosos países, etc., hace económicamente posible el corromper a determinadas capas de los trabajadores, e incluso temporalmente a una minoría bastante considerable de estos, poniéndolos del lado de la burguesía de dicha rama o nación contra el resto de los trabajadores. La agudización de los antagonismos entre las naciones imperialistas por el reparto del mundo ahonda esta tendencia. Así es como se crea el vínculo entre el imperialismo y el oportunismo, vínculo que en Gran Bretaña se ha manifestado antes y de forma más clara debido a que ciertos rasgos del desarrollo imperialista aparecieron allí mucho antes que en otros países. (...) (El imperialismo fase superior...)”

Esto explica que previo a la Gran Guerra los partidos reformistas socialdemócratas traicionaran a su clase y sus ideales para apoyar la guerra votando los créditos de guerra y entrando en sus gobiernos para después masacrar a los revolucionarios como en Alemania. El socialdemócrata F. Ebert fue responsable del aplastamiento de la revolución alemana de 1919 asesinando a Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. Posteriormente tras la II Guerra Mundial tanto los partidos socialdemócratas como los estalinistas entrarían en los gobiernos burgueses tras la derrota del fascismo salvando el capitalismo en sus países y aplastando cualquier atisbo revolucionario como en Grecia.

En épocas de crecimiento y expansión capitalista era posible algunas mejoras en la sociedad, en ciertos países donde se había llegado a estándares de riqueza gracias al dominio de las colonias y después al dominio imperialista del mundo. Años después de la muerte de Lenin, Trotsky sigue su hilo rojo. Este párrafo del artículo de Trotsky “Una lección reciente de 1938” es de una actualidad impactante: “...El florecimiento del capitalismo, con sus inevitables oscilaciones, permitió a la burguesía mejorar levemente el nivel de vida de algunos sectores proletarios y arrojar jugosas prebendas a la burocracia y a la aristocracia laborales, elevándolas así por encima de las masas. La burocracia sindical y parlamentaria, cuyo “problema social” parecía pronto a solucionarse, aparecía ante las masas como un

ejemplo de que era posible mejorar su propio nivel de vida. Esta es la base social del reformismo (oportunismo) como sistema de ilusiones por parte de las masas y de engaños por parte de la burocracia laboral.”

Hoy en día han desaparecido los objetivos e ideales socialistas o comunistas de los grandes partidos históricos del movimiento obrero y estos han evolucionado hasta convertirse en el ala izquierda de la burguesía. El PSOE tiene el nombre de su antiguo programa y Podemos ni siquiera se reclama del socialismo o comunismo. La idea de superar el capitalismo construyendo un orden social colectivo ha desaparecido en ellos. Pero todavía se nutren del apoyo de las clases populares y trabajadoras. Todos sus programas - como el actual gobierno de progreso- se reducen a conseguir “un escudo social” que proteja a los más débiles y conseguir ciertas mejoras sociales.

Los casos de las medidas sociales contra la pandemia lo prueban. Son, a lo máximo, colchones amortiguadores para las clases trabajadoras y populares, pero en realidad salvan las ganancias de los grandes capitales que no pagan nada de su crisis. Son medidas, que al capitalismo son, lo que es Cáritas para el hambre: alivio momentáneo, paños calientes que no solucionan el paro y la precariedad laboral que son las causas de la pobreza.

El oportunismo y reformismo en la izquierda, una constante desde la Transición

La crisis de 2008 provocó una reestructuración de la izquierda. El PSOE había recogido desde la Transición y con Felipe González, el voto obrero y popular, hundido el PCE, el partido de la lucha antifranquista. Las decepciones de su política contra los trabajadores del PSOE en sus distintas etapas de gobierno desde Felipe González, condujo a huelgas masivas como la huelga general de 14-D en 1988, y condujo al nacimiento de IU, que con Julio Anguita fue capaz de organizar electoralmente a la parte más combativa de las clases populares. Nacida al calor de las movilizaciones contra la OTAN y contra las guerras imperialistas, IU se propuso combatir al PSOE criticando su derechización en el terreno electoral para sobrepasarlo y obligarle a pactar. Las prácticas municipales de pactos con el PSOE no cambiaron en sustancia nada. Solo algunas experiencias como Marinaleda de Sánchez Gordillo del SOC, mostró realmente ciertas medidas sociales e igualitarias en el terreno de la vivienda o de la agricultura con la expropiación del Humoso. Las estrategias electoralistas de IU no consiguieron doblegar al PSOE a un pacto de izquierda, el famoso sorpasso no se dio y finalmente los sectores populares ante el miedo a la derecha, votaron útil volviendo al PSOE gran parte del electorado.

De nuevo la crisis de 2008 desencadenó grandes movilizaciones. La burbuja inmobiliaria había estallado. El 15M expandió por todo el país movilizaciones y después las marchas de la dignidad concentraron la lucha de los trabajadores en contra de la crisis. Entonces las medidas de Zapatero indignaron a millones de personas. El grito “PSOE, PP, la misma mierda es”, mostraba el enfado de los sectores populares ante las medidas y ataques a los trabajadores. La reforma laboral de Zapatero y de Rajoy más tarde, modificó el despido permitiéndolo más barato. La indemnización por despido pasó de 45 a 33 días el improcedente y el procedente a 20 días por año trabajado. Propició la subcontratación y la temporalidad para bajar los salarios. La rebaja salarial fue generalizada permitiendo a los empresarios modificar el sueldo de sus trabajadores sin previo acuerdo. Los ERTE y los ERE se convirtieron en modalidades de despido colectivo - uno temporal otro total- para las empresas que podían acogerse, prácticamente en cualquier caso y sin el permiso administrativo. Con ello el capital consiguió que se sustituyera progresivamente la mano de obra en unas condiciones salariales y de contrato fijo, a condiciones precarias.

De todas estas movilizaciones e indignación popular nacieron nuevas expectativas políticas. Los pequeños grupos revolucionarios se ampliaron y las críticas al capitalismo se hicieron visibles y fueron aceptados por amplias mayorías. La radicalización de miles de jóvenes se expresaba contra los banqueros y el sistema financiero.

Los gritos en las manifestaciones mostraban esa radicalización cuando en las manifestaciones se gritaba “Tenemos la solución los banqueros a prisión” o “Ahí está la cueva de Alí Babá”, cuando pasaba por una entidad bancaria. De esta indignación de la lucha contra el sistema financiero también se han olvidado al entrar en el gobierno. El oportunismo de Podemos se ha hecho palpable.

En este contexto nació Podemos. Liderados por un grupo de intelectuales madrileños presentaron un manifiesto en enero de 2014 “Mover ficha: convertir la indignación en cambio político” firmado por todos los que después serían dirigentes de Podemos. Entre ellos estaban desde Íñigo Errejón y Juan Carlos Monedero hasta Jaime Pastor, antiguo militante de la LCR y miembro de Izquierda Anticapitalista. En este manifiesto se exponían los puntos fundamentales de lo que posteriormente sería Podemos. Era el primer paso para presentarse a las elecciones europeas de 2014.

El 11 de marzo se funda Podemos y presenta una candidatura a las elecciones europeas de mayo. Consiguió el 7,98% de los votos y 5 escaños. El éxito catapultó a la nueva formación y a su nuevo líder, Pablo Iglesias.

El manifiesto exponía ante la crisis económica y la crisis política del bipartidismo del régimen del 78, recuperar la soberanía popular, la democracia, el futuro de los pueblos a decidir, apoyando la consulta catalana, y contra los recortes y las privatizaciones. No hablaba de clases sociales: “frente a unos gobiernos al servicio de la minoría del 1% reivindique una « democracia real » basada en la soberanía de los pueblos y en su derecho a decidir su futuro libre y solidariamente”. Defendían “pensiones” y “salarios dignos” y contra la precariedad. Pero no hablaba de clase trabajadora; hablaban de “los de abajo” y “los de arriba” y por supuesto no hablaba de capitalismo, sólo de cambio productivo, reforma fiscal, mercados y derechos de la “ciudadanía”. Para ellos la crisis era una “estafa” al servicio de ese 1% y el “austericidio” significaba pasar las “deudas” privadas a públicas, el patrimonio público al privado y luchaban para “no sacrificar más derechos en el altar de unos mercados guiados por la especulación y la rapiña”.

En octubre de 2014 Podemos había alcanzado los 200.000 inscritos y un viento de euforia recorría los sectores populares que habían participado del 15 M y las Marchas.

En realidad Podemos no engañaba a nadie. En su Facebook de 2014 se presentaba así sobre la foto de Iglesias: “A ojos de todos, está claro lo que es Podemos. Es una herramienta al servicio de la ciudadanía, que tiene el objetivo del protagonismo popular y de recuperar el déficit democrático que estamos viviendo. Y así lo hemos demostrado, creando una estructura abierta, viva y cambiante, es decir, DEMOCRÁTICA y CIUDADANA donde todo el mundo pueda participar. Una nueva forma de hacer política es posible, ¡PODEMOS!”.

Este partido había conseguido unificar a los grupos más importantes a la izquierda del PSOE pero también desviado todo el potencial y energía de lucha del 15 M y de la Marchas de la Dignidad hacia el electoralismo y el parlamentarismo más reformista, desactivando las únicas posibilidades de aumentar la conciencia de clase.

No vamos a explicar toda la deriva del movimiento hasta la actualidad. Diremos sólo que progresivamente se han ido desgajando los líderes fundadores por diversos motivos. Desde los personales con el choque de intereses oportunistas para obtener puestos parlamentarios, hasta divergencias políticas en la táctica parlamentaria o de gobierno que han ido dejando a Pablo Iglesias y a sus incondicionales solos en la dirección. La última salida de la tendencia de Izquierda Anticapitalista ha mostrado las divergencias en cuanto a la participación en el gobierno de Sánchez. La desilusión entre sus electorado ha ido mermando hasta disminuir en votos hasta el 9,80%, unos

2,36 millones en las últimas elecciones a pesar de su pacto con IU.

Unidas Podemos: el oportunismo en el gobierno

El gobierno de izquierda entre PSOE y Unidas Podemos nació después de que el PSOE en minoría fuera a unas segundas elecciones tras ser incapaces de llegar a un acuerdo. Sánchez tenía un grupo parlamentario lejos de la mayoría absoluta y después de echar a Rajoy y al PP del gobierno en 2018, tras la moción de censura, se convocaron elecciones generales en abril de 2019. A partir de aquí las negociaciones, los tiras y aflojas, incluso las puñaladas traperas, que no faltaron entre los socialistas y Unidas Podemos, terminaron sin acuerdo. Iglesias quería ministerios y la vicepresidencia del Ejecutivo, porque era la manera de “garantizar” el famoso “escudo social”. Tanto unos como otros se culpaban de no transigir.

Sánchez había declarado en un principio que “no podría dormir” con un gobierno con Podemos. Iglesias con tal de tener ministros había renunciado a participar en él, si fuera el obstáculo para el pacto. Al final, socialistas y podemistas, no llegaron a ningún acuerdo y sin la mayoría necesaria y una vez que los presupuestos fueron rechazados, Sánchez tuvo que convocar nuevas elecciones para el 10 de noviembre, que significó la subida electoral de Vox con 52 diputados -28 más- y la pérdida de escaños y votos de PSOE y UP que esta vez sí, firmaron un pacto en 48 horas y Unidas Podemos obtuvo 4 ministerios de los 22 y una vicepresidencia. Estaba claro que sus electorados habían castigado las maniobras, pues en verdad la pelea era por las poltronas ministeriales. La extrema derecha salió reforzada y las ilusiones de millones de personas que lucharon a partir de la crisis de 2008 en desilusión rampante. Ni siquiera el miedo a la subida de Vox logró aumentar los votos.

El PSOE no ha querido nunca en la historia política actual compartir el gobierno con un partido a su izquierda, ellos han llevado siempre la estrategia de concentrar todos los votos populares. Y como partido abiertamente pro capitalista han preferido siempre pactos con Ciudadanos y nacionalistas. Es ahora, cuando Vox se ha convertido en la tercera fuerza nacional y Ciudadanos ha dejado de ser un partido determinante en el hemiciclo, que los socialistas asumieron que no le quedaba otra salida si querían la presidencia del gobierno. Con ello han conseguido implicar a las organizaciones a su “izquierda” en una política burguesa, con ribetes sociales, que llaman “política de progreso”. De esta forma ha comprometido a los sectores que representan el voto de los trabajadores en una política de salvataje del sistema económico capitalista sin oposición parlamentaria de izquierdas. En la transición el

PCE llevó la estrategia de “moderarse” más aún que el PSOE de Felipe González. Éste llevaba incluso la propuesta de nacionalizar la banca. Esta estrategia fue nefasta para el PCE porque ante la copia, el electorado prefirió el original y en 1982 las elecciones catapultaron a Felipe González al gobierno con mayoría absoluta. Son momentos distintos pero el fondo es el mismo: Sanchez puede recuperar el electorado del PSOE con la ayuda de Podemos.

Es el oportunismo político de Unidas Podemos, que por ahora permite integrar las ilusiones del electorado de izquierdas en el gobierno. Este oportunismo sacrifica por reivindicaciones concretas e insuficientes, la crítica política y económica a la sociedad. Pero también crean ilusiones en el parlamentarismo y en las posibilidades de cambio a través del electoralismo. Lenin explicaba que “...oportunismo significa sacrificar los intereses permanentes y esenciales del partido en aras de sus intereses momentáneos, transitorios y secundarios.” (¡El radical ruso reflexiona con retardo!, 1906) Unidas Podemos y sus líderes ya ni siquiera hablan de cambiar la sociedad, ni qué tipo de sociedad quieren. Es el oportunismo sin careta: solo quieren mejorar los desaguisados de la crisis y obtener buenas poltronas parlamentarias y ministeriales.

Las continuas alusiones a la “Constitución” para realizar una política más social no hacen más que incidir en el engaño. La causa de la miseria social y económica de la clase trabajadora, los despidos, el paro y la precariedad laboral no son relaciones jurídicas. Puedes tener escrito el derecho al trabajo en leyes con letras de oro que será imposible realizarlo si no se abole la propiedad privada del capital. Rosa Luxemburgo refuta con palabras de hace un siglo el reformismo actual de Unidas Podemos:

“Ninguna ley obliga al proletariado a someterse al yugo del capitalismo. La pobreza, la carencia de medios de producción, obligan al proletariado a someterse al yugo del capitalismo. Y no hay ley en el mundo que le otorgue al proletariado los medios de producción mientras permanezca en el marco de la sociedad burguesa, puesto que no son las leyes sino el proceso económico los que han arrancado los medios de producción de manos de los productores.”

Es una ilusión “blindar los derechos de la gente” desde el gobierno y creando como dice una responsable de Unidas Podemos, Noelia Vera, la creación de empleo a través de una “economía verde” y a través de dinero público pues tiene el límite de los beneficios del capital. “Tiene que ver -explica- con, cómo hacemos esa recuperación del dinero público para invertir de forma diferente, tiene que ver con una reforma fiscal y tiene que ver con que paguen más los que más tienen”. Piensan que la recesión económica no

supondría una vuelta a los recortes sociales tal y como sucedió en la crisis gestionada por el PSOE y el PP, sino que se abordaría con recortes que afectarían a los de arriba, a los que más tienen, y no a los de abajo. Sin embargo, todas las medidas no inciden sobre los beneficios del capital, ni inciden sobre la propiedad de los grandes grupos empresariales. Todas las medidas del gobierno de “progreso” no hacen más que salvar momentáneamente la situación a través de la concertación social. La patronal y el capital, lo repetimos, no pagan nada.

La participación de Podemos e IU - Unidas Podemos- en el gobierno, tiene que ser rentabilizada y tiene que mostrar a su electorado que ha merecido la pena entrar en el gobierno. Su discurso es mostrar que si ellos no hubieran estado en el gobierno la cosa estaría peor, y con su presencia han obligado al PSOE a hacer concesiones sociales. Ello explica las exageraciones cuando presentó Pablo Iglesias el IMV de 462 € como una medida “histórica” o Yolanda Díaz cuando dice la falsedad de que han prohibido el despido, con los ERTE. Sin embargo, los despidos que empiezan en el sector del automóvil y se extenderán en la industria ya avisan que no sirven los paños calientes.

El “olvido” de la crítica al sistema bancario del 15M, de “los banqueros a prisión” o de “la cueva de Alí Babá”, se ha pasado a callar y proporcionar liquidez y buenos negocios a los banqueros y grandes bancos en un espiral de deuda pública al alza. Pablo Iglesias personifica este cinismo del oportunismo cuando expresa que “Hay quien plantea que gestionar una crisis desde el Gobierno desgasta mucho y que menudo lío. Mejor que se dediquen a otra cosa. Cuando vienen mal dadas es cuando más hay que dar la cara, cuando más hay que trabajar para proteger a la gente y cuando más sentido cobra la política, porque son los momentos en los que toca defender lo más importante”, decía Pablo Iglesias en el último consejo ciudadano atacando a los Anticapitalistas. Pero hasta ahora lo único que han hecho es pagarles los salarios a los empresarios y prestarles dinero a bajo interés a los bancos para que ellos presten con beneficios.

Los ministros de Unidas Podemos no pueden decir toda la verdad a la gente; porque sería decirles que la participación en el gobierno sirve poco y son cómplices en la ola de despidos, del paro y la miseria creciente y de lo que es peor, de los beneficios especulativos que tanto en la bolsa como en los sectores de producción sanitaria, ahora se desarrollan. Ellos sirven a la burguesía porque no denuncian al sistema capitalista y la explotación obrera, mantienen la ilusión de que “los de abajo” “no pagan la crisis” como en 2008. Así creen que obtienen el apoyo al gobierno de coalición de los sectores de la población que sufren más la crisis. Pero de esta manera contribu-

yen a sostener el colapso, la anarquía del mercado económico, creando vanas ilusiones en una serie de medidas que son a lo sumo políticas de caridad pública que no atacan las causas de la pobreza y la precariedad, esto es, el paro y los bajos salarios. Lo peor es que no preparan el futuro, los ataques que prepara la burguesía para sostener su orden social y la crisis que se nos viene.

Sus medidas, los ERTE, el paro temporal, vendidos como lo menos malo ante el despido, supone una pérdida del poder adquisitivo de la clase trabajadora y es costeadado con dinero público. En la otra orilla, la gran patronal, banqueros y burguesía no pagan nada o casi nada, ahorran salarios y cotizaciones. Su batalla está en sacar el máximo rendimiento a la crisis compitiendo por las máximas ganancias y ayudas públicas y al menor coste de sus bolsillos. Y si es necesario nacionalizar empresas en quiebra, incluso sectores enteros, para así garantizar los negocios de las empresas “rentables”, lo harán.

Ante la crisis que se nos viene

Incluso el capitalismo en sus días de gloria se ha basado en la explotación de los países más pobres para extraer los máximos beneficios y así pagar migajas a ciertos trabajadores y corromper a los políticos y sindicalistas. No hay justificación alguna ni social, ni económica para la política reformista, es decir de presionar a la patronal, al gobierno e incluso participar en él para obtener alguna que otra reivindicación porque lo que haces es mantener la explotación, y más aún como ocurre en los países pobres. El “caritativo” Amancio Ortega dueño de Inditex, Zara, lo sabe bien, por poner un ejemplo conocido.

Entonces, ¿hay alguna esperanza para que Unidas Podemos pudiera garantizar, y arrancar, concesiones económicas sustantivas para los trabajadores? En absoluto y las soluciones de “su escudo social”, son insuficientes y simplemente están sustituyendo con dinero público, de todos los trabajadores, al capitalista en sus pagos salariales, con lo cual la concertación social es en realidad una ayuda real al capital y sólo un colchón amortiguador para las clases trabajadoras.

El capitalismo mundial, y el nuestro en particular, ha venido decayendo desde la última crisis y colapsado con la pandemia y no podrá otorgar concesiones importantes porque ha llegado a sus límites.

La pandemia Covid 19 ha dejado muestras de solidaridad de clase en el día a día en el mundo del trabajo. Ha mostrado la responsabilidad de la clase trabajadora en los servicios esenciales trabajando en condiciones penosas que han salvado a miles de personas y en muchos casos a costa de sus vidas. Por el contrario, los grandes empresarios se han quedado escondidos detrás

de sus consejos de administración o donando caritativas migajas de sus beneficios. En esta situación las clases populares tienen miedo al porvenir, ven el desempleo como espada de Damocles sobre sus cabezas.

Las colas del hambre se aliviarán con el IMV y con los ERE. Pero el futuro es muy incierto y los trabajadores lo perciben. Mientras las medidas puestas en marcha por el gobierno de progreso mantengan el sustento de la clase trabajadora en su gran mayoría, es decir se mantenga el subsidio de desempleo, los ERTE, el paro temporal, las distintas ayudas etc., y las medidas de salud pública racional, tendrá una base de apoyo social amplia y el medio de la izquierda lo apoyará y más si cabe si, como está ocurriendo, la derecha y la extrema derecha siguen con su política “zombi” de atacar la “dictadura constitucional” de Sánchez y el “comunismo venezolano” de Iglesias. Las broncas de Vox o PP y la mezcla de ignorancia y estupidez ante los micrófonos de la prensa de Isabel Ayuso, no harán más que mantener a los trabajadores en la frase “menos mal que no están en el gobierno”.

En este estado de cosas, para salir del marasmo económico actual, la burguesía necesitará ayuda del Estado y de la UE. El sistema económico capitalista sólo se repondrá con todo el apoyo crediticio del gobierno y el vaciamiento del erario público y el aumento de la deuda pública, deuda que habrá que pagar a los “inversores” privados. Podrán, incluso, llegar a nacionalizar para salvar empresas pagando indemnizaciones, sin investigar las cuentas de los accionistas y propietarios. Así, como en cualquiera de sus crisis, el capitalismo eliminará los capitales sobrantes, destruirá empresas y mercancías. Hará su purga para intentar de nuevo comenzar sus negocios y extraer plusvalías del mundo del trabajo. Ello traerá consigo un coste brutal para los trabajadores.

Aquí la política del reformismo sería reducir la factura a pagar por la clase trabajadora y capas populares de la población a través de impuestos progresivos, como el que intentan poner a las grandes fortunas o a las empresas tecnológicas y así reducir el impacto social.

La reciente crisis de 2008 está todavía presente en la vivencia de las personas y se tiene la conciencia de que fueron las capas populares y el mundo del trabajo las que pagaron la factura de la crisis, mientras que bancos y grandes empresas salieron beneficiadas y con ganancias espectaculares. En este sentido mientras que el gobierno reduzca el impacto social y se aprecie que hay ciertas ayudas, contrariamente a las políticas realizadas durante la anterior crisis, el apoyo social al gobierno de “progreso” se mantendrá, incluso como mal menor, ante además la evidente política “descolocada” de la derecha.

Todas las ayudas a las empresas, como las que se prevén en la “reconstrucción” económica de sectores como la automoción, el turismo etc. tienen su coste. El problema es que en el sistema capitalista las crisis la pagan siempre los trabajadores. No hay otra manera para que sobreviva este orden social. La factura de las “ayudas” para salvar los negocios y los beneficios de los capitalistas, siempre la pagan los mismos, porque es la única manera de que el capitalismo funcione. Por ello la única manera para que sobreviva el capitalismo es que los trabajadores paguen la crisis.

Tiene razón Iglesias cuando avisa de que “la crisis social se va a agravar” y “vienen momentos muy difíciles”. Y son momentos en los cuales la clase trabajadora tendrá que luchar y no solo por un pedazo de pan. Habrá que luchar para cambiar la sociedad porque su política no sirve. Entonces se verá que su política oportunista está al servicio de mantener el sistema económico y social.

¿Es posible una política revolucionaria en la situación actual?



Decir la verdad es la virtud de los revolucionarios aunque ahora no se perciba. En toda situación crítica donde la sociedad entra en crisis aparecen siempre dos disyuntivas sin solución de continuidad. Por una parte está el mantenimiento de la vieja sociedad y por otra, la nueva que aparece. Crisis significa cambio, es el momento en el cual la situación social experimenta un retroceso o una evolución. Es el momento en el cual se puede emitir una explicación enjuiciando lo que ocurre. Revolución significa transformación de raíz de la sociedad. La extrema derecha atiza el viejo fantasma del comunismo. El mismo hecho que ataquen al gobierno de “comunista”, implica el miedo que la burguesía tiene a su verdadero significado.

Naturalmente no sabemos de qué manera aparecerá el momento álgido de la lucha de clases. Pero sí sabemos que vamos a vivir momentos duros para la clase trabajadora y no sólo en

nuestro país. De hecho son las maneras de encarar la actual situación y los programas y reivindicaciones de lucha, los que marcarán el camino y este camino, como el virus, será internacional.

En una situación histórica de crisis, la lucha de la clase trabajadora está orientada por las condiciones que marca el capitalismo y la política de aquellos que los representan sindicalmente y políticamente y los utilizan para salvar el sistema capitalista. Pero la situación social y económica es siempre más fuerte que esas direcciones burocráticas e integradas en el sistema. Es necesario levantar un programa político comunista que proteja a la clase trabajadora y plantee el derrocamiento de la sociedad capitalista hasta tomar el poder por los trabajadores; hay que hacerlo y organizarlo porque es la única posibilidad para poder cambiar la sociedad aprovechando el devenir histórico.



Rosa Luxemburgo refutaba así, al oportunismo y reformismo de la socialdemocracia en el primer cuarto del siglo XX: “No es cierto que el socialismo surgirá automáticamente de la lucha diaria de la clase obrera. El socialismo será consecuencia de (1) las crecientes contradicciones de la economía capitalista y (2) la comprensión por parte de la clase obrera de la inevitabilidad de la supresión de dichas contradicciones a través de la transformación social”. Estas palabras mantienen hoy toda su vigencia.

El problema actual es la necesidad de acrecentar la conciencia de clase de los trabajadores, porque “la clase obrera” necesita militantes que expliquen “la inevitabilidad de la supresión de dichas contradicciones a través de la transformación social”. Sin esta conciencia no podremos cambiar la sociedad y esta es nuestra responsabilidad.

Muchas veces la crítica hacia el gobierno de Pedro Sánchez y Pablo Iglesias no son bien recibidas por aquellas personas que tienen ilusio-

nes en este gobierno de izquierdas. La coalición gubernamental se percibe como un gobierno de la izquierda que hace lo posible por ayudar a los más débiles. Incluso son percibidas las críticas como la desunión cainita propia de la izquierda. Los furibundos ataques de la extrema derecha y de la derecha al gobierno ayudan a este razonamiento.

El intento de criminalizar las manifestaciones del 8 M muestran lo que es la derecha. Además las continuas llamadas del gobierno a la “unidad” nacional, el “patriotismo”, la defensa de la bandera borbónica, encajan con la situación de ataques continuos de la derecha. Esto ayuda a tapar la realidad económica y social y la crítica al capitalismo.

El miedo a la enfermedad, a la precariedad y el paro, propician el deseo mayoritario de unidad en la llamada “reconstrucción”. Pero sabemos que no es solución porque significa el mantenimiento de la explotación y el salvamento de un sistema obsoleto.

La “unidad” con la burguesía tras la “reconstrucción” será la trampa que hará que la crisis la paguen de nuevo los trabajadores. Buscarán palabras de “consenso”, dejar atrás “diferencias” y “maximalismos”, volver a los “pactos de la Moncloa” etc., etc., etc. Sin embargo el cierre de Nissan y los despidos previstos anuncia el futuro que nos espera en este sistema económico.

Además, el apoyo a la concertación social con los empresarios de CCOO y UGT, y de las ministras y ministros de Podemos va a facilitar a Pedro Sánchez la gestión de la crisis para mantener la economía capitalista y cierto apoyo popular mientras el colchón amortiguador de las ayudas públicas mantengan cierto alivio en las clases populares.

Pero como comunistas revolucionarios sabemos que el sistema capitalista está en un callejón sin salida. Recuperar las ganancias, aún con toda las ayudas públicas de los Estados, incluso nacionalizando sectores en pérdidas, para que no paguen los capitalistas, tiene poco recorrido, retrasará en todo caso una crisis inevitable.

Sostener con dinero público en el tiempo la crisis económica y social, e incluso a costa de un endeudamiento mancomunado de la UE, tipo bonos corona, traerá costes inmensos para la sociedad y la población.

A los trabajadores les toca soportar toda la decadencia del capitalismo, han sacado la sociedad adelante en esta pandemia; pero tenemos que explicar hasta la extenuación que si mantienen la sociedad, tienen que gestionarla también y organizarla para el bien común.

Es, precisamente ahora, que podemos explicar que no hay soluciones dentro del capitalismo, porque su dinámica nos lleva a una catástrofe social. Las reformas fiscales, el crédito, las rentas mínimas o básicas son soluciones sobre la esfera de la distribución y no de la producción del capitalismo. Al contrario de lo que dicen el gobierno de “progreso” acrecentará sus contradicciones y la crisis se hará mayor. Históricamente solo la guerra ha solucionado las grandes crisis del capitalismo.

Las únicas soluciones posibles vendrán de actuar sobre la esfera de la producción capitalista, expropiando las industrias esenciales, el sistema financiero y planificando la economía, dirigida y controlada por los que “saben” que son los que trabajan y por objetivos sociales y no la “rentabilidad” en bolsa y sus ganancias.

La crítica al reformismo y oportunismo de PSOE y Unidas Podemos está indisolublemente unida a la crítica del capitalismo. Así la lucha de la tendencia revolucionaria contra la reformista fue implacable en los años previos de las guerras mundiales. “En realidad, la gran rapidez y el carácter particularmente odioso del desarrollo del oportunismo no son garantía en absoluto de una victoria duradera: la rápida maduración de un grano de pus en un cuerpo sano sólo puede acelerar que el absceso reviente antes, librando así al organismo de él. Lo más peligroso a este respecto son las gentes que no desean comprender que la lucha contra el imperialismo es una frase

vacía y engañosa si no va indisolublemente unida a la lucha contra el oportunismo.”(Lenin, “El Imperialismo fase superior...”)

Hay que ser conscientes y explicar una y otra vez que las contradicciones del sistema capitalista han llegado a sus límites y como Lenin criticar a su vez el oportunismo de Podemos y el gobierno. La producción y el crecimiento entran en contradicción con la capacidad del mercado solvente. El desarrollo de las fuerzas productivas, como la digitalización y robotización de los procesos productivos y de servicios chocan con las relaciones laborales aumentando el paro y la precariedad. La uberización, el teletrabajo, las empresas de Telemarketing, y telefonía muestran esta contradicción. Sólo hay una salida: que las clases trabajadoras tomen el poder y derroquen este sistema basado en la explotación.

Más pronto que tarde, la clase trabajadora tendrá que luchar por su supervivencia y tenemos que levantar un programa de lucha obrera basado en las necesidades reales de la sociedad, y no en los intereses del dinero. La única solución a la crisis del sistema es la expropiación de los capitalistas con el objetivo de los trabajadores al poder.

Junio de 2020





LA SITUACIÓN DE LA CLASE TRABAJADORA EN ESPAÑA, LOS LÍMITES DEL SINDICALISMO Y LA LUCHA OBRERA

Este artículo se realizó antes de la pandemia y sin embargo su actualidad no ha prescrito, muy al contrario la crisis económica y social nos ha puesto ante los ojos el papel de los sindicatos mayoritarios en el apoyo a la gran patronal a través de la concertación social y su integración en el aparato del Estado. Por otra parte, la judicialización de los conflictos obreros ha puesto de manifiesto que el sistema judicial beneficia a la patronal alargando la situación de desprotección social de la clase trabajadora ante los despidos. La ola de despidos en la pandemia no puede ocultar que la crisis del sistema capitalista estaba ya acelerándose y estaban previstos muchos de ellos como los de Alcoa, Nissan o Airbus.

El capitalismo está en un callejón sin salida, y buscará que la población trabajadora pague la factura de su crisis.

Ahora más que nunca, se pone de manifiesto la necesidad de la lucha obrera con un programa que organice las metas, objetivos de su combate en defensa de sus intereses. Esta lucha sólo puede tener un objetivo político final: organizar la sociedad para el bien común y no para los beneficios privados y para ello la clase trabajadora tendrá que tomar el poder.

“La clase obrera posee ya un elemento de triunfo: el número. Pero el número no pesa en la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber. La experiencia del pasado nos enseña cómo el olvido de los lazos fraternales que deben existir entre los trabajadores de los diferentes países y que deben incitarles a sostenerse unos a otros en todas sus luchas por la emancipación, es castigado con la derrota común de sus esfuerzos aislados”¹.

En las condiciones actuales del capitalismo en crisis la clase trabajadora lucha

El número de huelgas que se desarrollaron durante el periodo de enero a septiembre 2019 fue de 656, con 217.901 trabajadores participantes y un total de 596.543 jornadas no trabajadas. Sin embargo estas luchas obreras no son visibles en los medios de comunicación y apoyan la falsa impresión de que la clase trabajadora no existe. La estadística muestra sin ambages que a pesar de una situación social en crisis, la clase trabajadora lucha, se defiende y se moviliza día a día.

La lucha de clases, la resistencia de los trabajadores a la explotación y sus consecuencias existen todos los días. Lo que no hay es una generalización de las luchas, ni un programa que permita conseguir la unidad en todo el Estado y avanzar en una política obrera de clase. Por ello

es lógico que haya desmoralización en muchos trabajadores.

Es algo habitual entre sectores de la clase trabajadora culpar a los “sindicatos” y a los “políticos” de las injusticias y la explotación que sufre. Y aunque confundan las causas y atribuyan los males a esas direcciones burocratizadas y no a la patronal, es un hecho en sí mismo del malestar social y de crítica a la situación. Sacar a la luz estas luchas y apoyarse en ellas para defender la resistencia obrera que hay en el mundo es necesario. Incluso las críticas a los sindicatos mayoritarios es fruto de este descontento. Por eso tenemos que agrupar a los compañeros y organizarlos para expresar la indignación que aparece en muchos momentos fruto de la situación del mundo del trabajo y dirigir la rabia a los verdaderos causantes: la patronal y el sistema capitalista.

Y hay que saber que cada paso en adelante del movimiento obrero aparece detrás de un retroceso. Tras una derrota tiene que existir una reflexión que permita superar los errores y buscar soluciones y conquistar mejoras. En el Manifiesto Comunista se explica que “a veces los obreros triunfan; pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unión cada vez más extensa de los obreros.”

¹ Carlos Marx. *Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores*, 1864.

¿En qué situación se encuentra hoy la clase trabajadora en España? Para responder a esta pregunta tenemos que analizar dos aspectos fundamentales que explican el estado de la conciencia de clase que existe en el mundo del trabajo. Estos aspectos son las condiciones materiales del capitalismo en crisis con la explotación de la clase trabajadora y el freno de la burocracia sindical, con el efecto añadido de la ausencia, de organizaciones sindicales combativas y políticas de clase en lucha por el socialismo revolucionario.

El paro y la precariedad, la subcontratación -con la división que eso conlleva entre los trabajadores- y la burocratización de los sindicatos son espadas de Damocles sobre los asalariados. Permite bajar los salarios, despedir libremente y meter miedo a los que quieren luchar.

La situación en la que vive el mundo del trabajo corresponde en primer lugar a la situación del sistema económico que lo determina. La crisis económica de la cual no se ha salido, se mantiene. La clase trabajadora, los asalariados, en España son más del 86% de la población en edad de trabajar unos 15,9 millones de personas. La clase trabajadora no es homogénea en las condiciones de trabajo, nunca lo ha sido. En primer lugar el desempleo y la temporalidad corresponde a más de la mitad de los asalariados, más 10 millones están parados, ocupados a tiempo parcial, o temporales. Los otros 5,1 millones responden a los trabajadores fijos, empleados públicos y del sector privado en grandes empresas su mayoría. De todos los asalariados el 13%, es decir, casi unos 2,5 millones de trabajadores ingresa menos de 8400 euros anuales.

La otra característica de la clase trabajadora es que está organizada en sectores con un gran porcentaje de subcontratación. Por ejemplo en el sector aeronáutico la mitad de los trabajadores trabajan en subcontratas de Airbus. En cada sector productivo una o varias grandes empresas concentran la producción mientras que alrededor de ellas un porcentaje, cada vez mayor, está subcontratado. Esto hace que la clase trabajadora trabaje en una red de pequeñas empresas para la matriz. En el sector público ocurre con las llamadas externalizaciones. Servicios que antes realizaban los trabajadores de la empresa pública lo hacen ahora empresas externas. Ejemplo de los ayuntamientos con parques y jardines, transportes, limpieza, basura etc.

La externalización de servicios, el “outsourcing”, la práctica de la subcontratación o externalización de servicios entre empresas, se ha desarrollado desde la última crisis.

Los empresarios ahorran en gastos laborales, con los grupos de multiservicios, y las ETT. ¡Ganan millones los capitalistas a costa de los trabajadores! Esa externalización va acompañada de

un empeoramiento de las condiciones laborales de los trabajadores.

La reforma laboral legaliza esta tendencia a la precarización laboral. Subcontratación/precariación/temporalidad/contratación a tiempo parcial/desempleo, es una cadena que somete a los asalariados a los dictados empresariales en una relación económica que hace que la necesidad de sobrevivir, de tener un trabajo, someta a la clase trabajadora y la amordace.

En el caso de los trabajadores de las grandes empresas y empleados públicos que tienen salarios más elevados y en algunos casos dignos, las estructuras sindicales se convierten en un freno al estar corrompidas bajo los privilegios de la negociación, horas sindicales y subvenciones estatales. El caso de LTK en la aeronáutica es ejemplificador. El cierre de esta subcontrata que durante años ha trabajado para Aestis en Sevilla, ha supuesto 40 despidos. El comité de empresa de Aestis no ha movido un dedo en contra de los despidos, bajo el chantaje de los despidos de la patronal.

TABLA I (en miles)	TOTAL	VARONES	MUJERES	TF
POBLACION >16 AÑOS	38.662'7	18.806'0	19.856'8	51'4
POBLACION ACTIVA	22.780'9	12.231'2	10.549'8	48'3
POBLACION ACUPADA	19.049'2	10.420'5	8.628'7	45'3
POBLACION ASALARIADA	15.906'7	8.322'0	7.574'6	47'6
ASALARIADOS TEMPORALES	4.355'1	2.231'6	2.123'4	48'8
OCUPADOS TIEMPO PARCIAL	2.725'8	722'9	2.002'9	73'5
PARADOS	3.731'7	1.801'7	1.921'1	51'5

Una aproximación a la estructura de clases en España a finales de 2017. José Daniel Lacalle. sinpermiso.info/17/01/2018

Los límites del sindicalismo, el reformismo y la burocracia sindical

Los sindicatos son históricamente las primeras organizaciones obreras de defensa de los asalariados. Para los trabajadores es la asociación y la solidaridad la base necesaria para conseguir mejorar las condiciones de vida y frenar los ataques de la patronal y del gobierno. En el sistema capitalista la producción de mercancías necesarias para el mantenimiento de la sociedad se hace mediante la relación entre el empresario o propietario de capital y los contratados por un salario, los trabajadores. En otros términos, el propietario de dinero/capital invierte en fuerza de trabajo, es decir, mano de obra, maquinaria, terrenos, materias primas etc., para obtener unas ganancias, acumular capital y reinvertir. Las ganancias se realizan una vez que se han vendido las mercancías en el mercado.

El desarrollo de la sociedad capitalista, que comenzó hace apenas 300 años, ha significado un progreso enorme respecto a las sociedades anteriores y en concreto de la sociedad feudal en la Edad Media de la cual nació. Como el capitalista tiene que vender más y hacerlo lo más barato posible en el mercado y como consecuencia obtener los máximos beneficios, está obligado a desarrollar tecnológicamente sus medios de producción para producir más y más barato y además reducir los costes laborales lo máximo posible. Por ello, los salarios no son el pago por lo que produce el trabajador, sino el dinero necesario, en una sociedad o país dado, para reponer sus fuerzas físicas e intelectuales y producir. Ello significa que el salario es el valor monetario de la mercancía fuerza de trabajo, es decir lo que vale reponerse: pagar piso o casa, comer, vestirse, formarse etc., para que el trabajador vuelva al día siguiente.

De ahí concluimos que son los trabajadores los productores colectivos de todas las mercancías, de toda la riqueza social y los capitalistas/empresarios se apropian, -la propiedad privada de la parte no pagada a los trabajadores. Esto es la plusvalía, que no es más que la diferencia entre la masa salarial y el valor total de la riqueza producida colectivamente, y que producen los beneficios empresariales. Es decir, el beneficio capitalista no sale de vender productos a buen precio, sino de no pagar el verdadero valor de lo que genera y producen sus trabajadores. La diferencia de lo que paga a los trabajadores, y lo que realmente vale el trabajo de estos es la plusvalía, y ahí reside el beneficio capitalista. Esto es el núcleo de la explotación social, la base de la desigualdad y del poder económico y político, de la burguesía. Es así porque la única fuente de valor es el trabajo colectivo y social. Entonces, el capital no es más que trabajo acumulado de trabajadores que socialmente está en manos de los propietarios de capital. Es imposible terminar con la desigualdad social, con la explotación, si no terminamos con la dominación del capital.

Por ello la lucha de clases. El capitalismo sólo funciona si se valoriza el capital, si se obtienen beneficios y estas ganancias se acumulan en manos de los dueños de los medios de producción, accionistas, empresarios, altos directivos etc. Esta situación y dinámica lleva necesariamente a las crisis porque la producción se expande más que lo que la solvencia del mercado y los trabajadores puedan consumir. Dicho de otra manera el capitalismo se expande de tal manera que el mercado no tiene capacidad de absorber todo lo que se produce. El ejemplo de la última crisis inmobiliaria en España lo prueba. Millones de personas sin casa y millones de viviendas vacías.

De ahí que la lucha de clases obliga siempre a los trabajadores a combatir para exigir mejorar o no disminuir las condiciones de vida y

de trabajo. Para defenderse del capital la lucha más elemental es la sindical, porque es la lucha por mejorar y valorar nuestra fuerza de trabajo, nuestro salario, directo e indirecto o en contra de los despidos, para no caer en el paro que permite debilitar a los trabajadores en activo y presionar a la baja los salarios.

¿Entonces, cuáles son los límites de la acción sindical y del sindicato como organización?

La organización sindical tiene como base la empresa. En nuestras sociedades está reglamentada por ley la acción y negociación con la patronal. Los representantes sindicales de los trabajadores son los encargados de negociar, de ser los intermediarios, los abogados de los trabajadores respecto a la patronal. Esto se hace en los convenios, que son los contratos colectivos de trabajo y que permiten obtener de los empresarios más o menos salario. Es decir mejorar nuestra mercancía fuerza de trabajo. La huelga muestra la fuerza del mundo del trabajo. Es la herramienta que puede doblegar a la patronal porque enseña que, quién trabaja y quién produce son los trabajadores y si no se produce el capitalista pierde dinero, lo invertido y no obtiene ganancias. Muestra que el capitalismo parasita el mundo del trabajo.

Este es el primer límite. Por mucho que valoremos nuestros salarios siempre tendrá el tope de los beneficios empresariales. Si no hay beneficios no hay capital. El capitalista se lleva el dinero a otra parte y se acabó lo que se daba. Para ello está el Estado, para proteger la propiedad del capital. Reformas laborales, leyes etc., protegen al capital, lo subvencionan con dinero público, con obras públicas, privatizando servicios etc., etc., etc.

Con el tiempo el sindicalismo tuvo que organizarse y salir del ámbito de la empresa, del oficio, del sector y llegar a toda la sociedad y desarrolló la huelga general de masas. Las huelgas de este tipo desarrollaron una base social y una conciencia de clase tal, que permitió el triunfo de la Revolución Rusa. En España el ejemplo está en la huelga de la Canadiense de 1919. El despido de trabajadores en una sección de la empresa en Barcelona provoca una solidaridad en toda ella y de ahí a todas las empresas de Barcelona y el apoyo de los barrios obreros. La solidaridad y la lucha consiguió al cabo de los días las 8 horas por primera vez en España. Esto fue posible porque la CNT organizó a los trabajadores como sindicatos únicos de sector y rama. Es la acción directa. ¡Si tocaban a uno tocaban a todos! Esta práctica fue contrarrestada por la patronal a través de la represión del Estado.

Martínez Anido, gobernador militar y civil de Barcelona organizó la represión, protegió y ayudó al "sindicato libre" de la patronal, pistoleros

que asesinaban a sindicalistas y obreros revolucionarios y combativos. Esta “guerra sucia” contra el sindicalismo diezmó la CNT y terminó con el golpe de Estado de Primo de Rivera en 1923.

Este es el segundo límite del sindicalismo: si la clase trabajadora no se organiza para tomar el poder político, el Estado, éste terminara masacrando a toda la vanguardia obrera. Desde la comuna de París de 1871, las revoluciones derrotadas y traicionadas, la guerra civil del 36 o Chile de Allende, muestran este límite.

De esta lección histórica, nace la necesidad de conquistar el poder político de la clase obrera, nace la herramienta fundamental para la revolución social: el partido obrero. Por ello el sindicato no tiene el programa, ni los militantes formados, ni el ámbito político extenso para poder dedicarse exclusivamente a esa tarea. De ahí que fuera necesario construir partidos obreros que complementaran la lucha sindical en una división entre la lucha económica y la lucha política. Y fue en el triunfo de la gran Revolución Rusa donde se demostró que es necesario un partido obrero formado por militantes con arraigo en la clase trabajadora y las empresas, preparados intelectualmente y formados en las luchas y en el análisis social y político que es el marxismo revolucionario y que no caen en el parlamentarismo y reformismo de creer, que podemos conseguir en las instituciones burguesas lo que únicamente con la lucha de clase es posible: acabar con el capitalismo.

Este tercer límite del sindicalismo sólo se puede sobrepasar con la creación de un partido obrero de militantes abnegados y luchadores que tengan la inteligencia, la formación y la experiencia política en el mundo del trabajo.

El reformismo y la burocracia sindical

A estos tres límites del sindicalismo se le añaden otros dos más -que también son propios de los partidos obreros- que son el reformismo y la corrupción burocrática que lleva normalmente aparejada. Estos límites son deformaciones corrompidas por el poder de la burguesía. En los países capitalistas desarrollados, en las potencias imperialistas tipo EEUU o los países que conforman la UE, el Estado y sus instituciones, las grandes centrales sindicales forman parte de la estructura legal del Estado capitalista. Toda una legislación laboral les da un poder que en su origen ni hubieran soñado tener. Tienen legalmente la capacidad de negociar directamente con la patronal en los convenios de empresa y sector, y un convenio es norma legal, es decir equiparable a una ley de obligado cumplimiento. Tienen establecido la concertación social que les permite intervenir en grandes acuerdos de estado. Finalmente las constituciones les atribuyen la interlocución con la patronal y el gobierno. En

sí mismos se han convertido en parte orgánica del Estado para la colaboración de clase.

El fascismo o el franquismo llevaron al extremo de la represión social, de una forma brutal, la colaboración de clases. Esta forma brutal y represiva del franquismo fue el sindicato vertical, organismo estatal donde estaban representadas la parte “social”, la parte “empresarial” y el Estado propiamente dicho que conciliaba o dictaba normas de obligado cumplimiento. Había cierta representación de los trabajadores a través de las elecciones a “enlaces y jurados”, nombres que todavía perduran en el lenguaje popular. En las democracias capitalistas ricas no necesitan de esa brutalidad y represión, pueden organizar la colaboración de clase sin la represión, corrompiendo y comprando a sectores sindicales y políticos de la clase obrera.

Este papel institucional en la sociedad capitalista ha permitido que en las grandes empresas y en los sectores productivos aparezcan una capa de “representantes” sindicales de los trabajadores que en muchos casos llevan años sin pisar el tajo, separados de los trabajadores de base, cuyo oficio es negociar con la patronal y en su caso el gobierno.

Esta capa de “funcionarios” sindicales forma la burocracia sindical. Capa con atribuciones administrativas propias y que sólo han sido refrendados cada 4 años en elecciones sindicales en los casos de las grandes empresas. Pero en los sectores productivos, como por ejemplo la rama del metal o el campo, donde hay multitud de pequeñas empresas, muchas de ellas sin representación sindical, los convenios se negocian por los aparatos de las grandes centrales sindicales, aparatos en los cuales esta capa de sindicalistas llevan años en sus poltronas y sin que los haya elegido siquiera los trabajadores. Son la burocracia sindical elegidos por la estructura local, provincial, regional o estatal de los sindicatos.

Lo que pudo parecer una conquista del movimiento obrero, como el derecho de representación y negociación con la patronal se ha convertido en órganos de colaboración de clases. Esto es así porque parte del dinero del Estado y de la patronal ha ido a mantener esta estructura de liberados. Han sido comprados para estabilizar el sistema capitalista, obtener la paz social y dividir a los trabajadores, una parte con salarios correctos y otra, la mayoría, en la precariedad, en la subcontratación o en el trabajo en negro. Porque no podemos negar que esta capa de burócratas, que ha sustituido a los trabajadores, se sustenta en una base social obrera que es la “aristocracia” obrera. Nombre que no data de ahora sino desde los principios del movimiento obrero porque la burguesía en Gran Bretaña, primero y EEUU después para extenderse a todos los países ricos, ha

corrompido este sector de la clase obrera. Marx y Engels ya habían estudiado este fenómeno que Lenin describiría así:

«El oportunismo se ha ido incubando durante decenios por la especificidad de una época de desarrollo del capitalismo en que las condiciones de existencia, relativamente civilizadas y pacíficas, de una capa de obreros privilegiados los aburguesaba, les proporcionaba unas migajas de los beneficios conseguidos por sus capitales nacionales y los mantenía alejados de las privaciones, de los sufrimientos y del estado de ánimo revolucionario de las masas que eran lanzadas a la ruina y vivían en la miseria (...) La base económica del chovinismo y del oportunismo en el movimiento obrero es una y la misma: la alianza de unas pocas capas superiores del proletariado y de la pequeña burguesía -que aprovechan las migajas de los privilegios de su capital nacional- contra las masas proletarias, contra las masas trabajadoras y oprimidas en general”. (Lenin, “La bancarrota de la II Internacional”).

Como consecuencia del desarrollo del capitalismo, la compra y burocratización e integración en el sistema capitalista de las capas dirigentes de los sindicatos y de los partidos de origen obrero, hace que la lucha del movimiento obrero retroceda, se vacíe de contenido y las luchas se atomicen.

Las huelgas generales se convierten en algo demostrativo, sin participación real de las masas obreras sólo para presionar a la patronal para que se sienta a negociar con las estructuras sindicales. La clase trabajadora es utilizada como maniobra para llamar la atención de la patronal como buenos criados de la burguesía. Esta burocratización sindical lleva a aceptar la explotación capitalista, a cerrar los ojos a la injusticia social y a aceptar que es imposible cambiar la sociedad y que sólo la vía de la negociación e integración en las instituciones del Estado es posible.

La ausencia de partido obrero y la integración de los sindicatos en el aparato de Estado no son excusas para retomar las tareas militantes en la clase trabajadora

Hoy en día podemos decir que el movimiento obrero revolucionario casi no existe. No existen organizaciones importantes, con arraigo y partidos que se reclamen de la clase obrera y que tengan como fin acabar con la sociedad capitalista y luchar por el socialismo, comunismo en sus distintas vertientes tradicionales: el anarquismo o comunismo revolucionario.

Ya no podemos hablar del PSOE o del PCE como partidos obreros que fueron originariamente revolucionarios. El primero porque su reformismo lo llevó a integrarse en el régimen capitalista y el segundo es una carcasa de cargos

burocráticos que viven de la política institucional de IU y ahora de Podemos. Además han dejado de tener militantes y arraigo entre los trabajadores, en tajos y empresas. Y si algún obrero u obrera, trabajador o trabajadora ingresa en sus filas o se decepcionan con el tiempo y dejan su actividad aunque mantengan su afiliación o buscan escalar puestos en la política entendida como cargos institucionales, burocracia sindical y elecciones. Es decir el oportunismo propio de los que buscan su propia égida, o su propio ombligo.

En cuanto a las organizaciones sindicales podemos decir tanto de lo mismo. Sin embargo hay una diferencia palpable. A pesar de haber perdido afiliación, de la desconfianza de los trabajadores, de la desafección de sectores obreros y de estar reducido a las grandes empresas tanto del sector público como privado tienen una presencia real en la clase trabajadora. Es decir a pesar de su burocratización y de su integración en el sistema legal estatal y reducidas prácticamente a la negociación de convenios, a agencias de viaje o bufete de abogados, son las únicas organizaciones que podemos decir que son los cauces de la clase obrera para defenderse, que cada cuatro años los trabajadores les votan y que se utilizan en cada empresa por el personal para cualquier reclamación o problema laboral. También hay que decir que esto es así porque el entramado legal del Estado lo permite.

Es la única vía legal que tienen los trabajadores para defenderse o reclamar sus derechos laborales. Esto que fue una conquista del movimiento obrero junto a su legalización y libertades públicas es también en épocas de retroceso social y de desmovilización formas de integración en el aparato del estado capitalista, formas de comprar y corromper, a los más decididos y luchadores convirtiéndolos en burócratas, y en definitiva siendo un arma de la patronal en el seno de la clase trabajadora.

En esta situación nos equivocaríamos si diéramos por terminado el movimiento obrero que lucha. Si nos dejamos impresionar, en épocas de retroceso social, por la propaganda del Estado y las ideas capitalistas, y por la desmoralización, la derrota está servida. Sin embargo la realidad material no tiene sólo un aspecto que percibimos a través de los sentidos. Estos son solo una percepción deformada de lo que existe fuera de nosotros. Si decimos que el sol nace por el este y que se oculta por oeste es una impresión falsa de la realidad. Nos sirve para guiarnos al tener puntos fijos de donde partir o llegar. Pero la realidad es otra. Es la tierra la que gira alrededor del sol. De la misma forma la existencia de la clase trabajadora, su resistencia y su lucha aparecen continuamente, nacional e internacionalmente y responde a causas inherentes al sistema capitalista que obligan necesariamente a defenderse de los ataques. Ejemplos lo vemos todos los días.

Una de las tareas del militante en la clase trabajadora es mostrar la capacidad, la fuerza de la clase trabajadora, explicar el por qué de la situación y la solución. De la misma forma que se tardaron siglos hasta demostrar la esfericidad de la tierra o demostrar que la tierra gira alrededor del sol, el movimiento obrero muestra en sus propios datos empíricos de su lucha el futuro. No hay otra manera de sobrevivir que resistir, porque es la naturaleza propia de la sociedad capitalista explotar el trabajo asalariado y esto obliga a luchar y a renacer una y otra vez.

Sobrepasar los límites del sindicalismo sólo es posible en condiciones de movilización e indignación social de la clase trabajadora. En esta situación crear otros sindicatos para competir con los burocratizados da poco resultado, porque no son nuestros deseos lo que pueden cambiar la situación. Los militantes revolucionarios sólo podemos analizar y explicar la situación y atraer a las personas más conscientes de nuestra clase e intervenir cuando la rabia de la clase trabajadora se expresa y se generaliza como históricamente y actualmente ha ocurrido y ocurre. El ejemplo lo tenemos en los trabajadores franceses en contra de la reforma de las pensiones de Macron o las movilizaciones en Latinoamérica. En nuestro país no hace mucho fueron las Marchas de la Dignidad en ocasión de las movilizaciones del 15M.

Es el propio capitalismo que muestra en su desarrollo y sus crisis la sociedad socialista. La evolución del capitalismo ha creado una sociedad donde toda la producción está socializada. Todo se produce en cooperación, donde intervienen colectivamente millones de obreros. La misma subcontratación muestra la red colectiva del trabajo y la producción que es ya internacional. Sin embargo la propiedad de esas mercancías y de los medios productivos siguen siendo privadas, en manos de un número cada vez menor de bancos y empresas que, con sus accionistas, buscan el mayor beneficio llevándonos a crisis cada vez más profundas.

Para sobrepasar los límites del sindicalismo y del reformismo tenemos que aprender de la experiencia del movimiento obrero. A cada límite del sindicalismo y reformismo marcado en las luchas, a cada derrota del movimiento obrero, ha llevado a un replanteamiento de la estrategia, de la lucha revolucionaria y de organización que ha permitido conquistar derechos y reivindicaciones para después retroceder y volver avanzar. En momentos de un capitalismo en crisis agónica que abarca todo el planeta tenemos que plantearnos acabar con él.

Esto significa crear núcleos militantes en las empresas que comprendan como funciona el capitalismo y la necesidad del comunismo, para acabar con el capitalismo y la conquista del poder político para la clase trabajadora. Significa apoyar, difundir y generalizar las luchas y huelgas, crear asambleas decisorias con comités de representantes elegidos y revocables en ellas, para que participen y se movilicen cada vez un mayor número de trabajadores. Significa plantear un programa de lucha donde se enlacen las reivindicaciones de empresa o de sector con objetivos y reivindicaciones más generales que se conviertan en objetivos para toda la clase trabajadora, es decir se conviertan en reivindicaciones políticas que marque la transición hacia el socialismo y la conquista de poder por la clase trabajadora. Así una lucha contra los despidos de una empresa o ERE, puede generalizarse con el objetivo de prohibir los despidos, repartir el trabajo sin bajar los salarios, abrir la contabilidad de las empresas o coordinar los comités elegidos en asambleas y controlar la producción y expropiar el sistema financiero y las empresas claves. Este programa solo puede ser una guía para la acción. Tenemos que tener esta guía pero sólo podemos aplicarla si la clase trabajadora está movilizada y en lucha. Entonces saltarán en pedazos la burocracia sindical con sus órganos de colaboración de clase.

Marzo de 2020



DE LA COVID-19

A LA CRISIS DE 2020

Este texto está fechado el 8 de mayo de 2020, no se pudieron actualizar las citas elegidas de la prensa, pero ello no afecta al fondo del artículo. La crisis sanitaria está lejos de haber terminado, y la economía y la sociedad se hundan cada vez más en la crisis del capitalismo, con todas sus consecuencias para las clases trabajadoras. La humanidad dispone en gran medida de los medios científicos y técnicos para controlar la pandemia, aunque los que son autoridades en materia científica repiten que llevará tiempo hacerlo, y es necesario “aprender a vivir con el coronavirus”. Pero la sociedad está encerrada en la camisa de fuerza de la organización capitalista, con la propiedad privada de los medios de producción y los estados nacionales rivales, y cuyos daños directos o indirectos son inmensamente mayores que los causados por el coronavirus. El proletariado es la única clase social con el interés y la fuerza objetiva para romper esta camisa de fuerza y reorganizar la sociedad de tal manera que la humanidad sea capaz de controlar su propia vida social. Más allá de los problemas específicos de la pandemia, es esta realidad la que debe guiar la acción de los comunistas revolucionarios en la tarea de construir el partido que encarne esta perspectiva. 15 de mayo de 2020

Las cifras, ya catastróficas, que ilustran la disminución de la producción a escala mundial, el aumento del número de desempleados, la caída del comercio internacional, etc., terminan perdiendo todo su sentido porque es evidente que la crisis actual de la economía capitalista es de la misma amplitud que las grandes crisis que sacudieron el siglo XX. Y todos estos elementos sólo dan una fotografía, en un momento dado, del estado de la crisis. Estos elementos sólo dejan entrever lo que sucederá a continuación, es decir, las reacciones en cadena que la crisis puede engendrar.

Las comparaciones más utilizadas citan, en primer lugar, la crisis bursátil de 1929, con la Gran Depresión que le siguió. De hecho, si la pandemia de coronavirus y el confinamiento tuvieron efectos directos en la producción, fueron al mismo tiempo los factores que desencadenaron un agravamiento brutal de la crisis del sistema capitalista, parecido a lo que fue el Jueves Negro de 1929 para la Gran Depresión.

La Maire, ministro de economía (francés), utilizó otra comparación, con los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, para ilustrar la importancia de la disminución de la producción aquí en Francia.

Sin embargo, este tipo de comparaciones sólo puede ser superficial, ya que cada uno de estos episodios de la historia del capitalismo fue diferente, al igual que sus consecuencias. Todos los períodos de crisis y trastornos económicos de nuestra época, más allá de su diversidad, ilustran hasta qué punto el sistema capitalista en su época senil, es decir, imperialista, es incapaz de hacer frente incluso a los problemas derivados de su propio funcionamiento y, más aún, a los problemas nuevos a que se enfrenta la sociedad.

En 1929, la crisis vino directamente del

propio funcionamiento de la economía capitalista. Fueron las fuerzas productivas en rápido crecimiento después de la Primera Guerra Mundial, particularmente en los Estados Unidos, las que chocaron con los límites del mercado. Pero lo que en la época del capitalismo en ascenso era una pulsión de la vida económica que no detenía el progreso global, e incluso podía conducir a una cierta mejora de las condiciones de vida de las clases explotadas, cambió en la época del imperialismo. “La vida del capitalismo monopolista en nuestros tiempos es una sucesión de crisis. Cada crisis es una catástrofe”, dijo Trotsky en “Marxismo en Nuestra Época”. “La necesidad de escapar de sus catástrofes parciales por medio de barreras comerciales, inflación, aumento del gasto y la deuda del gobierno, etc., prepara el terreno para nuevas crisis más profundas y generalizadas”.

En cuanto a la importante disminución de la producción en los años 1944/1945, se debió a la destrucción de la Segunda Guerra Mundial Imperialista, que en cierta medida resolvió la crisis de 1929. Pero no de la misma manera para todas las potencias imperialistas que se habían enfrentado.

Las potencias imperialistas derrotadas, Alemania y Japón, sufrieron una destrucción sin precedentes de sus medios de producción, tanto humanos como materiales.

Fue en beneficio del imperialismo estadounidense, líder de las potencias vencedoras, que se resolvió la crisis de 1929. Por la propia guerra, al ofrecer al gran capital de EE.UU. el enorme mercado para la producción de armas y materiales. Mientras las potencias imperialistas de Europa se destruían entre sí y Japón se agotaba en la guerra, antes de sufrir Hiroshima y Nagasaki, la economía estadounidense experimentó una de las mayores expansiones de su historia. Cuan-

do la guerra terminó, la reconstrucción abrió un nuevo mercado a escala europea, y mundial, del que el capital americano fue de nuevo el principal beneficiario.

Entre el gran ganador, el imperialismo de EE.UU., y el gran perdedor, el imperialismo alemán, y el inglés y francés, aunque en el lado ganador, tuvieron que ceder buena parte de sus posiciones en la dominación mundial al imperialismo de EE.UU.

No abordamos aquí el papel político de la burocracia soviética y los partidos estalinistas, aunque fue capital, en el hecho de que, a diferencia de la Primera Guerra Mundial, la Segunda Guerra Mundial no fue seguida de una intervención revolucionaria del proletariado. La guerra no dio lugar a un cambio en el equilibrio de poder entre el proletariado internacional y la burguesía imperialista. El cambio en el orden internacional se limitó al cambio en el equilibrio de poder entre las grandes potencias (la URSS, que surgió de la revolución proletaria, pero burocratizada, fue a la vez un elemento perturbador del orden mundial imperialista y un factor de su estabilización).

La revuelta de los pueblos al final de la Segunda Guerra Mundial no fue menor que la que tuvo lugar al final de la Primera Guerra Mundial. Pero en ninguna parte las masas en movimiento han encontrado una dirección proletaria que propusiera como objetivo final el derrocamiento del poder de la burguesía.

Es este hecho fundamental fue el que permitió a las burguesías imperialistas recuperar el dominio, consolidar su poder sobre la sociedad y enriquecerse durante los llamados Treinta Gloriosos, mediante la explotación de su propio proletariado, el saqueo de los países pobres y la opresión de sus pueblos.

No fueron las leyes del mercado, de la competencia y del beneficio las que permitieron a la burguesía reiniciar la vida económica bajo su dirección y para su propio beneficio, sino, en gran medida, el estatismo, es decir, la negación misma de la iniciativa privada. Pero esta negación en sí misma estaba dentro del marco del capitalismo y tenía como objetivo salvar el reinado de la burguesía. Aparte de su papel de regente, es decir, la defensa de los intereses de clase de los explotadores contra los explotados por la fuerza de sus bandas armadas uniformadas, el Estado acentuaba su intervención en la vida económica ocupándose de los sectores indispensables para el funcionamiento de la economía en su conjunto, pero que no producían suficientes beneficios para los propietarios del capital.

El estatismo jugó un papel importante en todos los países imperialistas. Incluyendo al

país imperialista que se hace pasar por la patria de la iniciativa privada, los Estados Unidos. El estatismo en tiempos de guerra no es sólo una necesidad militar. Durante la Segunda Guerra Mundial, fueron precisamente los Estados Unidos los que mejor ilustraron su decisivo papel económico para la burguesía. Después de la guerra, Francia fue un modelo de este tipo, con la nacionalización de muchos sectores, desde la energía, representada en ese momento principalmente por la minería del carbón, pasando por el transporte, las comunicaciones y hasta los bancos de depósito que drenaban el capital, planificando hasta cierto punto e invirtiendo en sectores que no interesaban a la burguesía. Además de la educación y, por tanto, de la formación de los futuros explotados, el Estado se encargó de cubrir a los trabajadores contra la enfermedad y la vejez.

Es este estatismo el que se convirtió en el modelo que los estalinistas presentaron como un sucedáneo del socialismo. Todas las variantes del reformismo retomaron esta visión de la sociedad como la única alternativa al “capitalismo desenfrenado”. Mientras el principal partido obrero del PCF empujaba a sus militantes a sustituir a los capataces que intentaban “sudar la gota gorda”; la burguesía seguía enriqueciéndose a la sombra del Estado, antes de sentirse lo suficientemente fuerte como para impulsar la privatización de sectores que antes habían sido nacionalizados.

Detrás de cada burguesía nacional, su estado nacional, y detrás de los estados nacionales, los EE.UU., su dólar, su poder económico y militar, la burguesía imperialista consolidó su posición como clase dominante y estructuró el orden internacional.

No es necesario volver aquí al mito de un capitalismo libre de grandes crisis que dominó la visión del mundo durante los pocos años de crecimiento económico, entre el final de la reconstrucción y el nuevo período de crisis abierta en los albores de la década de 1970. Este mito se hundió con la crisis del sistema monetario internacional, la crisis del petróleo, seguida de otras incontables sacudidas. Este largo período estuvo marcado en todas partes por una ofensiva multiforme de la burguesía contra el proletariado, por la reducción de la participación de los trabajadores en la renta nacional en comparación con la de los capitalistas, por el retroceso de las condiciones de vida de clase obrera. En cuanto a la distribución entre la burguesía de la plusvalía mundial extraído de la clase obrera, se caracterizó por el crecimiento de las finanzas y sus intereses.

La actual crisis económica se sitúa en esta continuidad, pero va más allá todavía, al amplificar el agravamiento de la condición de

la clase trabajadora y la financiarización de la economía.

La crisis actual y las artimañas de la burguesía para superarla

“Los bancos centrales, el último baluarte de la economía mundial”, fue el titular de Le Monde el 29 de abril de 2020, con el subtítulo: “El banco central de Japón, el BCE y la Reserva Federal... se embarcan en programas de apoyo a la economía, tomando decisiones que antes eran impensables”.

Los Estados imperialistas se han embarcado, uno tras otro, en ayudar a las empresas capitalistas “a cualquier precio”, dijo Macron, sin pasar necesariamente por las nacionalizaciones, aunque sean temporales (esto todavía puede suceder en algunos casos). El dinero se distribuye directamente a las empresas capitalistas privadas.

Bajo el título “SOS entreprises”, Le Figaro del 27 de abril resume a su manera lo que está sucediendo: “Víctimas colaterales del virus, miles de ellas están también bajo asistencia respiratoria. Es el Estado el que garantiza su flujo de efectivo y se ocupa de sus empleados.”

No olvidemos que los empleados no se les paga su salario completo y el que tienen está a cargo del Estado. Desde un punto de vista capitalista, esto es absolutamente correcto. Pero si el Estado reemplaza a los capitalistas, tanto para pagar a sus empleados como para asegurar su caja, incluso desde el punto de vista, ¿para qué sirven los capitalistas? Esta sola frase de Le Figaro subraya el carácter totalmente parasitario de la burguesía.

Esto no impide que algunos de sus portavoces se quejen. Un columnista de Les Echos, bajo el título “Covid-19: cómo salvar a nuestras empresas de la quiebra”, resume bajo el subtítulo: “Como en toda crisis, las empresas recurrirán al apalancamiento de la deuda. Pero lo que necesitan es capital social. Es hora de crear una herramienta pública adecuada para proporcionarles eso.” Añadió: “El arsenal del gobierno carece de un arma decisiva. Para salvar nuestra economía, necesitamos un instrumento público para invertir en capital o cuasi-capital en todas las empresas que lo necesiten. ¿Una revolución?”, pregunta. Para añadir: “Ciertamente, no se trata de colectivizar”. En resumen: “No basta con prestarnos dinero, tienen que dárnoslo. En suma, el Estado no sólo debe pagar los salarios de nuestros trabajadores y nuestras deudas, sino también garantizarnos directamente los dividendos a los que tenemos derecho. »

Detrás de esta cínica desfachatez se oculta una preocupación: la de la burguesía media de

un país imperialista medio, ante la perspectiva económica que se está perfilando. La base de esta preocupación es precisamente que la política de salvar al capitalismo en crisis mediante el crédito y el endeudamiento está conduciendo a un mayor fortalecimiento de las finanzas y su papel. “Será imposible restaurar rápidamente un sistema productivo privado de capital y cargado de deudas”, continúa el columnista de Les Echos. Y evoca las “múltiples adquisiciones a través de los tribunales por parte de aquellos que habrán logrado superar la crisis” o las “olas de compras de empresas por parte de los fondos de inversión”. Detrás de “el Estado como salvador del capitalismo” aparece la amenaza de los bancos y los fondos especulativos, que barrerán sin piedad a las empresas privadas que no tienen medios para resistir.

¿Quién financiará... las finanzas?

Los bancos centrales hacen dinero virtual a voluntad, que utilizan para recomprar deuda pública, bonos soberanos. El procedimiento no es nuevo, ya que de esta manera la burguesía imperialista superó la crisis de 2008. Le Monde señala: “En 2007, el balance de los tres principales bancos centrales del mundo -la Reserva Federal de Estados Unidos (Fed), el BCE [en la Unión Europea] y el Banco de Japón- fue de 3,4 billones de dólares. En febrero de 2020, incluso antes de la pandemia, alcanzó los 14,6 billones de dólares. Y eso es sólo el comienzo”. El crecimiento de estas cifras es una indicación del creciente volumen de crédito otorgado a las empresas capitalistas a través de sus estados. ¿Es necesario recordar cómo, tras la crisis financiera de 2008 y la amenaza de un colapso bancario generalizado, todos los gobiernos se comprometieron a limitar y regular la emisión excesiva de créditos (y por tanto de deudas)?

Pero tan pronto como la alerta pasó, y bancos del tamaño de Lehman Brothers fueron barridos, el baile de la deuda comenzó de nuevo.

Se espera que las sumas citadas en el balance aumenten en otros dos tercios sólo este año. Pero estas sumas, que son incomprensibles, serán absorbidas por los grupos financieros más poderosos, es decir, los que tienen el poder de prestar a los Estados. Estos valores pueden ser comprados, vendidos, reelaborados y convertidos en lo que llaman productos financieros.

¿Pero quién pagará esta montaña de deuda que los Estados están acumulando? De un solo golpe, para los líderes de este mundo que, hasta la crisis actual, solían predicar tranquilamente que las deudas debían ser pagadas - recordemos que fue en nombre de la deuda que las clases trabajadoras de un país como Grecia fueron exprimidas demoliendo sus condiciones de vida - la cuestión se ha vuelto secundaria.

Algunas personas hablan de una deuda que se extiende a lo largo de 50 o incluso 100 años. Otros incluso prevén una deuda perpetua, es decir, el deudor nunca tendrá que pagarla. Algunos de los más prominentes economistas están resolviendo el problema de la deuda incluso negando su existencia. “Es la moneda la que financia la crisis, no la deuda”, dice Patrick Artus, economista jefe de Natixis, en una entrevista con Le Monde.

La idea de la deuda perpetua no es realmente nueva, al menos no en sustancia. El proceso por el cual el gobierno pide prestado para pagar una vieja deuda convirtiéndola en una nueva no es nuevo. Pero la deuda perpetua sería la afirmación oficial de que lo que importa a los acreedores es sobre todo recibir una renta vitalicia. Si las fechas de vencimiento están muy lejanas, 20 ó 30 años, es menos importante devolver la suma prestada que los intereses que el acreedor recibe regularmente, que acaban superando con creces la suma prestada originalmente. La deuda perpetua consiste en proporcionar a los acreedores una anualidad regular que también es perpetua. La razón principal por la que esta brillante idea, que ha surgido de los cerebros de un capitalismo en descomposición, es difícil de poner en práctica es que los valores que representan esta anualidad perpetua, basada en la deuda soberana, es probable que compitan con la multitud de otros productos financieros. Aunque estos productos son virtuales, ellos y sus verdaderos propietarios compiten entre sí. Todo este desarrollo, que vincula cada vez más a los financieros y a los Estados, no elimina la competencia, sino todo lo contrario.

Detrás de los juegos malabares de vocabulario, sigue estando el resultado final: todavía tenemos que financiar el pago de esta renta, es decir, tomar de la población lo necesario para mantener el parasitismo de las finanzas.

El pago de intereses ya está tomando una parte cada vez mayor del gasto público. También en este caso se trata de una evolución fundamental, el capitalismo sobrevive deshaciéndose del Estado, como alguacil y secuaz que hace su trabajo sucio, del dolor y las dificultades de la explotación directa.

Todas las crisis terminan cambiando el equilibrio de poder entre los capitalistas. Esta es incluso la función fundamental de la crisis de la economía capitalista: restablecer el equilibrio entre la producción y la demanda solvente. Restablecerla después del hecho, cuando la producción se lleva a cabo en la anarquía de las iniciativas individuales.

Es en las crisis que se podan las ramas enfermas de la economía. Es en las crisis que los más poderosos destruyen o devoran a los demás, es

en las crisis donde se realizan las concentraciones de capital, es decir, la concentración de la riqueza y los medios de producirla en cada vez menos manos.

La crisis actual también juega este papel. Actualmente se está llevando a cabo la recomposición entre los diferentes sectores de la actividad económica. Tanto los negocios de turismo como de entretenimiento están colapsando. Y muchas empresas de estos sectores no se recuperarán.

Incluso después de dos meses de inactividad, no será justo considerar a la aviación civil como una de las ramas muertas -especialmente porque las empresas nacionales están entre los principales beneficiarios de la ayuda estatal-, al igual que el sector automovilístico en su conjunto. Pero eso no resuelve la cuestión de quién sobrevivirá y quién no. Sin embargo, las empresas desaparecerán tanto entre las aerolíneas como entre los fabricantes de aviones, y aún más entre sus subcontratistas.

Por otra parte, otros sectores, en particular los relacionados con las nuevas tecnologías, los Gafam (Google, Apple, Facebook, Amazon y Microsoft), están experimentando un ascenso meteórico. Como conocen los gigantes de la industria de la distribución.

Lo más importante es que la crisis está acentuando el dominio del sector financiero sobre el sector productivo. Pero detrás de estas dos formas de aprovechar la plusvalía global derivada de la explotación de los trabajadores, está la misma gran burguesía, los más ricos y poderosos. A medida que la crisis actual empuja a la clase obrera a una creciente pobreza y amenaza con arruinar a la media y pequeña burguesía, las grandes fortunas siguen creciendo y las contradicciones de clase se profundizan.

La Unión Europea en implosión

Si esta evolución, es decir, este papel de último baluarte de la economía mundial, se aplica a los tres grandes bancos centrales -a los que podemos añadir el Banco de Inglaterra y, con menos posibilidades, el Banco Central Suizo- el Banco Central Europeo tiene una característica especial en el sentido de que, detrás de él, no hay un solo Estado, sino los 19 Estados de la zona del euro. Estados que están unidos por intereses comunes pero que siguen siendo competidores y rivales. Jean-Yves Le Drian, Ministro de Europa y Asuntos Exteriores, explicó por qué todas las negociaciones en el seno de la Unión Europea están fracasando: “Estamos siendo testigos de un ensanchamiento de las fracturas que han estado minando el orden internacional durante años. La pandemia es la continuación por otros medios de la lucha entre las potencias.”

La forma concreta que adopta esta lucha entre las potencias en el seno de la Unión Europea, o más precisamente en la zona euro, gira en torno a las condiciones de acceso a los mercados financieros.

Ni un solo estado de la Unión Europea, ni siquiera el más rico, Alemania, tiene la cantidad de dinero que promete a sus empresas capitalistas. Los estados tienen la intención de pedir prestado este dinero en los mercados financieros. ¿Pero a qué ritmo? La reciente crisis (2010-2011) de la zona del euro ha demostrado que los 19 países que forman parte de ella pueden utilizar la misma moneda cuando piden préstamos en el mercado de capitales, pero no pagan los mismos intereses, según el poder de cada uno. Incluso las potencias imperialistas medias fundadoras de la Unión Europea, como Alemania e Italia, no están en el mismo barco.

El interés colectivo que defienden las instituciones de Bruselas exige que los 19 Estados puedan pedir prestado colectivamente y a un tipo común. Sin embargo, si los discursos oficiales repiten las palabras “común” o “colectivo” una y otra vez, cada país está tirando de su propio peso. El ultimátum lanzado por el Tribunal Constitucional alemán al Banco Central Europeo para justificar la recompra de ciertos títulos, en particular de los Estados más pobres, es significativo para las relaciones entre los países de la zona euro. Es una forma de decir que los estados más ricos no tienen que ayudar a los que están en dificultades.

Entre ladrones enemigos, pero amarrados a la misma cadena

La crisis no disminuye la competencia, ni entre los grandes grupos capitalistas ni entre los estados nacionales. Por el momento, las rivalidades siguen escondiéndose detrás de los discursos que cantan las virtudes de la colaboración. Lo que está en juego en última instancia en estas rivalidades es la distribución de la plusvalía global extraída a la clase obrera, entre las diferentes categorías o los diferentes camarillas capitalistas representados por sus estados nacionales. Pero todas las luchas entre bandidos por el reparto de su botín no deben ocultar el hecho de que las víctimas son las clases explotadas.

En otras palabras, el próximo período estará marcado por la ofensiva de toda la burguesía contra la clase obrera. La burguesía ni siquiera oculta su intención de aprovechar la propia pandemia para cambiar, en su propio beneficio y a expensas de los trabajadores, el equilibrio de poder con la clase obrera. Extendiendo las horas de trabajo de todos mientras se preparan para despedir a los trabajadores. Ahorrar aún más en servicios públicos cuando acaban de demostrar

que sin ellos la sociedad no puede funcionar. Reduciendo los aspectos sociales del estatismo burgués, mientras el estado mantiene su ventana abierta para los capitalistas.

Lo que los portavoces oficiales de los grandes jefes siguen expresando con palabras tapadas, o presentándolo como algo temporal, otros, los “aguadores” de la burguesía, lo formulan brutalmente. Así, el Instituto Montaigne - nombre que ofende al gran filósofo del Renacimiento en Francia - acaba de presentar propuestas para salir de la crisis, entre las que se encuentran las siguientes: aumentar el tiempo de trabajo a 10 horas diarias y 48 horas semanales; suprimir la fiesta del jueves de la Ascensión; anular las vacaciones escolares del día de Todos los Santos

¿Cómo puede ayudar la prolongación de la jornada laboral a superar la crisis? La propuesta sería sencillamente estúpida si no estuviera detrás de la idea de que los trabajadores deben trabajar más para ganar menos, en otras palabras, para aumentar la plusvalía tomada por sus explotadores.

Los más prudentes servidores de la burguesía en los medios de comunicación critican este tipo de propuesta como “torpe”, cuando la sociedad ni siquiera ha salido de la pandemia; mientras que otros afirman que sería inmoral!

La explotación no es una cuestión moral, sino el fundamento de la sociedad capitalista. Desear una burguesía más comprensiva con aquellos cuya explotación la enriquece es más estúpido en tiempos de crisis que lo habitual.

Mercaderes del sueño reformista y política revolucionaria

Si comparamos la crisis actual con el período de posguerra en Francia, aún hay algunos aspectos sorprendentes. En primer lugar, el discurso sobre la “unión nacional”, retomado por todos los partidos de la burguesía. Como diría el humorista, incluso los reconocemos por eso. Esta política de “unión nacional” la realizan en tiempos de dificultad para la burguesía, ya que en tiempos de normalidad política tienen los partidos que distinguirse unos de otros, para que los electores puedan desautorizar al partido en el poder, que gobierna en su contra, votando a la oposición que, una vez en el poder por la gracia de las elecciones, hará lo mismo que su predecesor. La esencia del parlamentarismo burgués está ahí: subir a la carroza, ronronear al Parlamento y continuar la explotación! Cambiar el partido en el poder para que nada cambie.

Otra sorprendente similitud entre los dos períodos: el lenguaje de los reformistas. Sus representantes ya no son los mismos, sus vínculos con la clase obrera aún menos. En la “Liberación”,

el PCF tenía un peso completamente diferente en la clase trabajadora que el de hoy. Gracias a ella y a su influencia, el reaccionario general De Gaulle pudo hacerse pasar, ciertamente no por un hombre de izquierda - ciertamente no hubiera querido esa etiqueta - sino por el representante del interés nacional, es decir, de los intereses de los trabajadores. Todas estas buenas personas predicaban que un futuro mejor nos esperaba mientras que el presente estaba hecho de sobreexplotación para los trabajadores, de cartillas de racionamientos, de viviendas improvisadas y de represión sangrienta para los pueblos de Argelia, Indochina y Madagascar, y del imperio colonial. Es en nombre de este futuro mejor que el PCF afirmó que las huelgas eran el arma de los Truts y que era necesario ser todos solidarios para relanzar la economía. Es para sostener este lenguaje que el PCF tenía ministerios, antes de ser expulsado del gobierno, ya que los burgueses saben cómo ahuyentar a los lacayos que ya no les sirven.

Laurent Berger, el secretario general de la CFDT, pide hipócritamente “otra distribución de la riqueza” para hacer frente a la crisis, añadiendo: “Nuestro país tendrá que mostrar mucha más solidaridad que en el pasado”. ¡La súplica ciertamente conmoverá hasta las lágrimas a Arnault, Bolloré, Dassault y Mulliez!

Es casi con las palabras de los años 1944-1945 que los herederos políticos de los estalinistas afirman hoy en día, como lo demuestran varios folletos firmados por la CGT, que sin embargo pasa por la más radical de las centrales sindicales: “Por una sociedad más justa, y a través de la lucha construyamos nuevos días felices”, “Inventemos el mundo después” o “Nunca más, juntos construiremos un nuevo futuro”, “Por la paz, por la solidaridad nacional, por la protección de las poblaciones”. Un lenguaje digno de los sacerdotes de cualquier religión: como una forma de vida futura, ¡promete el paraíso!

Por así decirlo, toda la prensa utiliza este tipo de lenguaje, pintando de rosa la salida del encierro. No en vano está de moda multiplicar las referencias al Consejo Nacional de la Resistencia (CNR) y su programa.

Pero, si las cosas dependen sólo de lo que el capitalismo nos tiene reservado, ¡el futuro ya está aquí!

Amenazas de despidos masivos, aumento del desempleo sin precedentes, incluso en los Estados Unidos.

Un fuerte aumento de la pobreza, incluso en los países más ricos. Las organizaciones benéficas, desde Restos du Coeur, hasta Secours populaire, están abrumadas. Emaús está al borde de la bancarrota por primera vez en su historia.

¡Y estos son los países más ricos del mundo!

En cuanto a los países pobres, además de aumentar la pobreza, se incrementa la represión contra los más pobres, con el uso de porras y ametralladoras en el supuesto nombre de una guerra legítima, la guerra contra el coronavirus. Y las bandas armadas oficiales de los Estados, la policía y el ejército, se comportan, como siempre en estos países pero más que nunca, como bandas criminales que extorsionan a la población pobre.

Así es como el presente ya está dando forma al futuro que le espera a la sociedad. Aquí también, el coronavirus habrá sido sólo un factor desencadenante. La hambruna en África no fue provocada por Covid-19. La pandemia que se está extinguiendo en la sociedad es su organización social: esta es la realidad que intentan ocultar todos aquellos que nos hablan de un mundo mejor después de la crisis. Pero no tendrán éxito.

Como lo han expresado sus portavoces en la prensa, los propios propietarios temen reacciones de revuelta. “El mundo está al borde de una gran explosión social”, fue el titular de Les Echos del 22 de abril de 2020. Podemos ver las premisas de esto incluso en un país imperialista rico como Francia, donde hay muchos amortiguadores sociales, con el creciente número de incidentes que enfrentan a los jóvenes de los suburbios de la clase obrera contra la policía. También los vemos en los Estados Unidos, no sólo con huelgas sino también con inquilinos de ciertos barrios de la ciudad de Nueva York que se niegan a pagar su alquiler cuando, habiendo sido despedidos, ya no tienen recursos, ni siquiera suficientes para pagar un nivel mínimo de protección contra el coronavirus.

En los países pobres es aún peor. “En África, el hambre matará más rápido que la epidemia”, fue el titular de Les Echos del 27 de abril de 2020. Los titulares de la prensa convencional reflejan una profunda preocupación. “El plantea se mueve hacia la crisis social” (Le Monde, 22 de abril de 2020).

El próximo período no está lleno de “nuevos días felices”. Hará que la agonía de la actual organización capitalista de la sociedad sea aún más dolorosa para los explotados.

La clase obrera tendrá que defenderse. ¿Por qué medios? ¿Cómo? Es obviamente una cuestión de relaciones de fuerza. Pero, en el período venidero, la arrogancia de la burguesía será el factor más poderoso de movilización para salir de la ansiedad mezclada con la resignación de la mayoría de los explotados que marca los acontecimientos actuales. Pero esto puede cambiar abruptamente, de manera imprevisible. Nadie puede adivinar cuál será la provocación de la clase dirigente o de sus políticos que creará la con-

moción. Los militantes revolucionarios deben estar preparados para avanzar en sus políticas

Pero defenderse, es decir, parando los golpes que nos asestará la burguesía y su Estado, será en el mejor de los casos un eterno reinicio, como la carrera de la ardilla en la rueda de su jaula.

Y, de hecho, ni siquiera un eterno reinicio, si no peor, porque la brecha se ensancha cada vez más entre las masas explotadas y las cúpulas de la oligarquía burguesa. A medida que crece el antagonismo entre las posibilidades de la sociedad humana y los grilletes impuestos por la organización capitalista.

Por una parte, la producción se socializa a escala internacional en un grado infinitamente mayor que en la época de Marx e incluso de Lenin y Trotsky; pero, por otra parte, sigue estando dominada por la propiedad privada de los medios de producción y por la rivalidad entre los Estados nacionales.

El desarrollo social requiere cambios profundos para romper esta camisa de fuerza, es decir, para derrocar el poder de la burguesía y poner los medios de producción a disposición de la colectividad.

Si la sociedad no puede progresar en su desarrollo, retrocederá.

Lo que no ha cambiado desde Marx, y se ha confirmado a lo largo de la historia, es que la única fuerza social que puede provocar esta agitación revolucionaria es la clase obrera.

Por eso, por muy grande que parezca hoy la desigualdad entre el poder de la dictadura de la burguesía sobre la sociedad y los medios de la corriente revolucionaria de la clase obrera, no hay otra opción para el futuro que trabajar para que los trabajadores tomen conciencia de sus intereses políticos fundamentales, es decir,

de su papel en el futuro de la sociedad humana, y para que cada vez más mujeres y hombres trabajadores se organicen sobre esta base.

Esto comienza en las cabezas, en las conciencias. Rechazar cualquier forma de unidad o concordia nacional, porque significan necesariamente la abdicación de los explotados ante sus explotadores. No seguir a los charlatanes o a los vendedores de ilusiones. Tomar conciencia de que, a pesar de su actual desorientación política, la clase obrera sigue representando una fuerza considerable, aquí y en el plano internacional.

Las crisis son poderosos aceleradores de la historia humana. La crisis actual acelerará y agravará las luchas sociales. Pueden manifestarse en revueltas, disturbios. Si estos permanecen sin perspectivas, pueden dar vueltas en círculos y sólo llevan a una agravación del caos social.

La única otra perspectiva es la encarnada por el proletariado, es decir, el derrocamiento del capitalismo moribundo y la toma del poder por la clase obrera.

Una organización social, incluso en agonía, puede sobrevivir si otra no es capaz de ocupar su lugar para permitir que la humanidad vuelva al camino del progreso. En otras palabras, el reinado de la burguesía sólo desaparecerá si su poder es derrocado por el proletariado. El futuro de la humanidad depende de la capacidad del proletariado para recuperar su conciencia de clase y su voluntad de reanudar la lucha para poner fin a la organización capitalista de la sociedad. Y quién dice conciencia, dice partido para encarnarla. Avanzar en su construcción es la tarea ineludible y más inmediata.

8 de Mayo de 2020

(Lutte Ouvriere) Lutte de Classe n°208 - junio 2020



CRISIS ECONÓMICA: UNA ENFERMEDAD GENÉTICA E INCURABLE

La crisis es “una de las mayores conmociones económicas de la historia”; según el director general de Airbus; “la peor recesión desde la Segunda Guerra Mundial”; según el Ministro de Economía, que advirtió a principios de abril que “será violenta, global y duradera”.

Detrás de la dramatización deliberada de un dirigente patronal y de un ministro que hacen campaña para preparar a los trabajadores para sacrificios masivos y recortes de puestos de trabajo, los indicadores económicos publicados apuntan todos en la misma dirección. La disminución del PIB, que refleja más o menos la riqueza creada en el país, sería del orden del 8% para Francia en 2020, frente al 2,6% en 2009 tras la última gran crisis financiera. Se espera que la caída sea del 6,3% para Alemania.

Sin embargo, la economía no ha sufrido una guerra mundial que haya destruido la capacidad de producción de docenas de países como en la década de 1940. No ha sufrido una caída brutal del mercado de valores como el Jueves Negro de 1929, que desencadenó la quiebra de empresas y luego el cierre de secciones enteras de la producción. Esta economía se ha detenido voluntariamente para hacer frente a la pandemia. En un sistema económico que estuviera verdaderamente dominado y controlado por la sociedad, la producción y el comercio deberían poder reiniciarse de manera ordenada después de un paro voluntario de dos o tres meses. Los bienes y capitales acumulados durante los años de crecimiento deberían permitir para mantenerse varios meses sin la producción de lo que no es esencial para la vida cotidiana.

Pero la economía capitalista es todo menos racional y controlada. El capital está concentrado en las manos de una minoría de capitalistas privados que poseen todos los medios de producción, transporte y distribución. Compitiendo entre sí, cada uno buscando los proveedores más baratos, los costos de producción más bajos, la mayor cantidad de clientes, están usando la crisis para superar o eliminar a sus competidores. Empresas como Amazon saldrán fortalecidas de la crisis y otras como Easyjet o Ryanair se arriesgan a desaparecer. Airbus y Boeing ya están librando una guerra despiadada, con la piel de los trabajadores, para dominar el mercado aeroespacial cuando pueda reanudarse.

Además, el coronavirus ha golpeado a una economía financiera ya enferma. Durante varios años, los economistas habían estado esperando la chispa que causara otro derrumbe financiero e hiciese bajar los precios de las acciones sobre-

valoradas. El shock ha venido con este pequeño virus. Como todas las convulsiones, esta servirá como una purga. Como escribió el periódico Les Échos: “Covid-19 pondrá fin a la actividad de las empresas no rentables e improductivas”. Añadió “será una masacre para el empleo”; La masacre ya ha comenzado.

Evidentemente, no es para salvar los puestos de trabajo y el poder adquisitivo de las clases trabajadoras, ni para ayudar a los pequeños comerciantes o autónomos arruinados, que los Estados intervendrán sin límite, sino para apoyar a su burguesía contra sus competidores. Los trabajadores de todo el mundo pagarán con el desempleo, la inflación, el aumento de la explotación, a menos que se hagan cargo de la gestión de la sociedad.

Xavier Lachau. Lutte Ouvrière n°2702



CÓMO EL GRAN CAPITAL ESCAPA CADA VEZ MÁS A LOS IMPUESTOS

En una economía capitalista agotada, la evasión de impuestos se ha convertido en un problema importante para la burguesía. En todas partes, los gobiernos a su servicio han cumplido con sus exigencias hasta tal punto que el planeta entero se ha convertido en una especie de paraíso fiscal para él. Así pues, desde mediados del decenio de 1980 hasta 2018, en un contexto de globalización forzosa, la tasa mundial del impuesto sobre las empresas se redujo a la mitad, del 49% al 24%. ¡Y esto es sólo un promedio! La caída se ha acelerado aún más desde entonces, reflejando una tendencia general de transferencia, por no decir de robo, en detrimento de los trabajadores.

El papel de los impuestos en la reproducción del capital

“El capital, como el vampiro, sólo está animado por la absorción del trabajo vivo, y su vida es aún más feliz cuando bombea más de ella”, escribió Marx hace 150 años[1]. 1] La explotación, y por lo tanto la plusvalía que de ella deriva la burguesía, está todavía hoy en la base misma de todo su orden social. Pero los impuestos y derechos (directos o indirectos) que el Estado recauda sobre los beneficios, así como sobre los productos financieros o de la tierra, forman parte necesariamente de esta plusvalía. También determinan parcialmente la división final entre el trabajo y el capital, incluso si esto depende en el análisis final del equilibrio de poder entre la clase obrera y la burguesía.

Esta es la razón por la que la clase capitalista se ha negado durante mucho tiempo a permitir que el Estado gravara, de forma no simbólica, sus bienes e ingresos. En los Estados Unidos, la gran burguesía del Norte, que había aceptado el principio de un impuesto durante la Guerra Civil, que le permitía imponer su dominio en todo el territorio, obtuvo la abolición de este impuesto ya en 1872, ¡y esto hasta 1913! Habiendo ocupado, al menos en Europa, el lugar de los antiguos órdenes privilegiados, la burguesía adoptó la actitud de la aristocracia que había derrocado, negándose durante todo un período histórico a pagar el más mínimo impuesto sobre sus ingresos así como sobre los beneficios de sus empresas, y escapándose de ella en gran medida. Ya era una edad de oro (la “edad dorada” americana) para la burguesía, ya que se estima que en 1914 el 10 por ciento más rico poseía el 90 por ciento de la riqueza total en Europa y el 75 por ciento en los Estados Unidos. Fueron principalmente los impuestos sobre el consumo, varios impuestos basados en las clases trabajadoras, sin mencionar el saqueo del planeta, los que

alimentaron las arcas del aparato estatal de la burguesía a lo largo del siglo XIX. “El impuesto sangra a los desgraciados, No se impone ningún deber a los ricos, El derecho de los pobres es una palabra hueca”, decía la Internacional: estas palabras tenían un significado muy concreto para millones de proletarios, explotados por los patronos y desangrados por su Estado.

A principios del siglo XX, y aún más claramente con la división colonial entre las grandes potencias industriales, la carrera armamentista, y luego el estallido de la Primera Guerra Mundial, una necesidad se impuso a la clase media alta. Tuvo que dotarse de poderosos aparatos estatales, garantes de sus intereses generales y árbitros entre sus diversos componentes, capaces de defender su orden social, y así dotarse de un sistema de fiscalidad centralizada que drenaba sumas de dinero cada vez más grandes.

Esto fue acompañado por la introducción de una forma de gravamen sobre los ingresos (en Alemania, Suecia y Japón, por ejemplo, desde el decenio de 1870 hasta el de 1890) y, por consiguiente, sobre los ingresos más elevados, recaudados por las clases dirigentes. En muchos países, este cambio también tomó la forma de impuestos sobre los beneficios de las empresas, que eran irrisorios en los primeros tiempos.

La introducción de un sistema moderno de impuestos para el presupuesto del Estado fue una forma de cambiar la opinión pública, que se escandalizó por la riqueza acumulada por la gran burguesía, los “reyes de la minería y los ferrocarriles” y otros “barones del robo”. Los dirigentes de los partidos políticos burgueses se presentaron cada vez más como defensores de un supuesto interés general y como árbitros entre las distintas clases de la sociedad. Una forma de afirmar que “los impuestos son el precio que hay que pagar por una sociedad civilizada”, tal como está grabado en el frontón del Servicio de Impuestos Internos de Washington. Los primeros sistemas de pensiones o seguros sociales aparecieron en el mismo período. En cierto sentido, fue una respuesta política al movimiento obrero socialista, que hasta 1914 había puesto la revolución en el orden del día en todos los bastiones del imperialismo e incluso en la muy atrasada Rusia de los zares. En Francia, fue la cámara llamada del “horizonte azul”, una de las más reaccionarias de la historia del país, la que en 1920 aprobó un impuesto aplicando una tasa del 50 por ciento al tramo de ingresos más altos (¡aumentó desde el 2 por ciento en 1915!). Esta tasa fue incluso aumentada al 90% en 1924, pero apenas perjudicó a los accionistas

de las compañías que se habían vuelto escandalosamente ricas durante la guerra.

Pero la creación de una administración fiscal y el pago de estos “gastos accesorios” por parte de los capitalistas respondía a una necesidad más fundamental. Todos estos ingresos, que se transformaron en gastos públicos o sustituyeron al capital privado, contribuyeron en gran medida al funcionamiento de la explotación capitalista y a la renovación de la fuerza de trabajo del proletariado. Era una forma barata para la burguesía de hacer que el Estado se hiciera cargo, en forma de salario social diferido, de los gastos indispensables: la educación, instrumento de selección social que formaba a los obreros, capataces y, cada vez más, también a los técnicos, ingenieros e investigadores indispensables para el buen funcionamiento de sus fábricas; las redes de transporte para hacer llegar las mercancías y los trabajadores a sus lugares de trabajo; un sistema de salud; un sistema jurídico que garantizaba la propiedad privada de los medios de producción. Este gasto público, financiado en parte por los impuestos sobre los beneficios, contribuyó así a la reproducción de la fuerza de trabajo y al mantenimiento de la dictadura de la burguesía sobre la economía. Finalmente, permitió que se hicieran pedidos públicos a sus empresas, en el sector del armamento como en muchos otros.

Este recurso al gasto público y la permanente intervención de los estados en la marcha misma de la economía capitalista se convirtió en el centro del escenario del imperialismo. La Primera Guerra Mundial y luego la crisis de los años 30 y las respuestas de las diversas burguesías a ella a través de la intervención masiva del Estado, que iban desde el fascismo hasta el New Deal, lo demostraron plenamente. La nacionalización y militarización de las economías de las principales potencias imperialistas precedió pero también aceleró la marcha hacia la guerra.

Durante la Segunda Guerra Mundial, o al final de la misma, para salvar al sistema capitalista de una nueva ola revolucionaria y para reconstruir sectores enteros de la economía, esta intervención se intensificó aún más y a menudo tomó la forma de nacionalizaciones. En un puñado de grandes potencias, cuyas corporaciones habían cortado el planeta en una sección transversal regulada y continuaron imponiendo su dominio, el estado burgués fue llamado “Estado de Bienestar” (equivalente al Estado de Bienestar Británico, como se le llamó en 1942) por todas las corrientes de reformismo y por los intelectuales a su servicio. La expresión, que ha sido ampliamente utilizada hasta ahora por los partidos y organizaciones sindicales surgidos de la socialdemocracia y el estalinismo, implicaba que el Estado estaba allí para garantizar un nivel de vida y bienestar para toda la población, compensando, a través de los impuestos en particular,

los efectos más importantes de la injusticia y la desigualdad. Esto fue una mentira descarada. La crisis general de la economía capitalista desde principios de los años 70 lo demuestra brutalmente.

Salarios, precios, beneficios: los límites de las estadísticas burguesas

Medir el nivel de impuestos que pesa sobre la burguesía hoy en día es un verdadero desafío. En primer lugar porque las estadísticas, si no son en sí mismas “burguesas”, registran datos donde nunca aparece la plusvalía extorsionada por todo el sistema capitalista sobre el trabajo de la clase obrera. Hay que conformarse con datos contables, como el PIB, que permiten evaluar la riqueza producida cada año, concebidos desde el punto de vista de los intereses y cálculos de los propios capitalistas.

Pero sobre todo, todos los ingresos del capital y su circulación están protegidos por la opacidad del funcionamiento de toda la economía, por el secreto de los negocios, el secreto bancario que permite todos los fraudes, la mayoría de las veces legalizados bajo el dulce nombre de “optimización fiscal”. Los múltiples mecanismos y manipulaciones benefician a las empresas más grandes, y más aún al sector financiero o digital, cuyas actividades están en gran medida desmaterializadas. Por ejemplo, en 2019, los famosos GAFAM (Google y su empresa matriz Alphabet, Apple, Facebook, Amazon, Microsoft), que deberían haber pagado un impuesto de 1.160 millones de euros en Francia, sólo pagaron 130 millones de euros.

La mayoría de las cifras dadas por las grandes empresas, que están bien armadas y aconsejadas para establecer regulaciones en conjunto con las autoridades públicas o, si es necesario, para evadir las, no reflejan la realidad.

Este es el caso, por ejemplo, de los que enumeran la inversión extranjera directa. Por ejemplo, un estudio realizado en 2015 por el Tesoro Británico parece mostrar que los Países Bajos eran entonces el segundo mayor inversor en el Reino Unido después de los Estados Unidos, pero por delante de Francia y Alemania. Pero esto es un juego de manos. Porque, una vez identificados los “inversores finales”, es decir, las verdaderas multinacionales que están detrás de estas transferencias, queda claro que este segundo inversor en el Reino Unido no es otro que él mismo, o más precisamente las empresas británicas, muy por delante de las de los Países Bajos. Y esto es otro golpe de centavo, ya que los Países Bajos son simplemente un país de tránsito para el capital de las empresas que desean beneficiarse de una fiscalidad muy baja. Por las mismas razones, el principal inversor en Francia es el grupo de empresas francesas que, por así decirlo, han trasladado sus

cuentas y parte de sus impuestos a climas más clementes. En cuanto a Luxemburgo, con sus 600.000 habitantes, parece, según las mismas estadísticas oficiales, ser el tercer inversor en los Estados Unidos! En otras palabras, en estas condiciones, sólo una pequeña parte del iceberg de los beneficios es visible y cuantificable. Algunos especialistas estiman que 12.000 mil millones de euros “invertidos” de esta manera no son más que cáscaras vacías que pasan por paraísos fiscales, es decir, el 40% del total mundial.

Lo mismo ocurre con los tipos reales del impuesto de sociedades, es decir, los tipos realmente pagados por las empresas, que están muy alejados de los tipos oficiales. Un estudio publicado en enero de 2019[2] sobre 27 países de la Unión Europea cuantifica esta brecha. En Luxemburgo, los grandes grupos, que se supone que están gravados con el 29%, en realidad sólo están gravados con el 2%. En Francia, como en Alemania, la diferencia entre el tipo impositivo nominal y el tipo efectivo es de diez puntos o más: 17% para Francia para un tipo fijado entonces en el 33% (desde entonces se ha reducido al 28% y se reducirá al 25% en 2022).

En 2009, un informe del Consejo de los impuestos obligatorios ya había revelado que las empresas de la Cac 40 pagaban un impuesto que correspondía sólo al 8% de sus beneficios, una tasa superior a la mitad de la tasa de IVA que pagan diariamente millones de trabajadores, los desempleados e incluso los sin techo.

Y esto es simplemente utilizando los múltiples mecanismos establecidos por los gobiernos a lo largo de las décadas, que están en constante evolución.

Evasión de impuestos: una industria próspera

En esta vasta empresa de manipulación y falsificación, se ha desarrollado toda una rama de las finanzas dedicada a la evasión fiscal. Algunos escándalos estrepitosos (CumEx en 2011, Lux Leaks en 2014, Swiss Leaks en 2015, Panama Papers en 2016, Paradise Papers en 2017), han revelado la magnitud del problema y el papel que desempeñan las multinacionales y los grandes bancos.

La optimización fiscal nació, por así decirlo, con el capitalismo, aunque sólo sea por la competencia entre las grandes potencias y sus grupos. Una guerra en la que los impuestos, y en este caso los no impuestos, son un arma formidable. Pero la globalización, en su forma actual, le ha dado un papel protagonista. Tanto es así que los cuatro gigantes de la industria, o Big Four, Deloitte, Ernst & Young, KPMG y PricewaterhouseCoopers, que se especializan en auditoría y contabilidad, además de las empresas

con cientos de abogados de negocios, se han convertido en indispensables entre los buitres del capital.

En promedio, cerca del 40% de los beneficios de las multinacionales se transfieren a paraísos fiscales, una proporción que ascendería al 60% para las empresas americanas! En 2016, las empresas de EE.UU. reportaron más ganancias en las Bermudas que en el Reino Unido, Japón, Francia y México juntos. Puerto Rico, donde sus beneficios se gravan con una tasa efectiva de sólo el 1,6%, también se utiliza para proteger su riqueza de los impuestos. Mejor aún, las mismas empresas declararon más del 20% de sus beneficios no estadounidenses en el mismo año en “entidades apátridas”, es decir, empresas ficticias que no están vinculadas a ningún país. Se estima que 250.000 personas trabajan actualmente sólo en el llamado campo de los precios de transferencia, ya sea en las Cuatro Grandes o en las propias multinacionales.

Para las multinacionales, este sistema, que se introdujo en el decenio de 1920, es una de las principales formas en que pueden transferir parte de sus beneficios a una filial en un país con un tipo impositivo más bajo. A través de las idas y venidas de la sobrefacturación y la subfacturación, sobre las que casi no se ejerce ningún control, cientos de miles de millones simplemente desaparecen de las cuentas, sólo para reaparecer en las cajas fuertes de los principales accionistas. En Francia, el grupo Toyota, con su planta de Onnaing, que normalmente produce un coche cada 57 segundos, ha sido durante años especialistas en este área, al igual que empresas como Total, Coca-Cola y Apple. Por ejemplo, el fabricante de automóviles número uno del mundo, por un lado, compra piezas por encima de su valor a subcontratistas pertenecientes al grupo Toyota y, por otro lado, revende los automóviles que salen de la línea de producción por debajo de su coste real a su único cliente, Toyota Motor Europe, con sede en Bruselas, que los revende con un alto beneficio. Así, Toyota no tiene que pagar impuestos donde se realiza su producción y por lo tanto sus beneficios, lo que le permite ahorrar decenas de millones cada año! La variación de los tipos de cambio de las distintas monedas en las que las empresas facturan su producción, la variación del costo de los seguros y los tipos de interés también permiten a los capitalistas jugar a su aire, transformando toda una parte de sus actividades en actividades financieras.

Los especialistas en ingeniería fiscal juegan el mismo juego, con extravagantes sumas de dinero que fluyen de un extremo al otro del mundo con un solo clic, entre filiales o a través de empresas fantasma. El bufete de abogados Mossack Fonseca, como revelaron los datos recuperados en el asunto de Panama Papers, había creado por sí solo 210.000 empresas en 21 de los llamados

centros financieros extraterritoriales, es decir, paraísos fiscales. Es probable que existan millones de estas empresas en toda la economía mundial, la mayoría de ellas en los Estados Unidos (como Delaware) o en la Unión Europea.

Es igual de fácil para las multinacionales jugar con la forma en que se tienen en cuenta en los distintos países la depreciación, los costos de los préstamos, la tributación de los dividendos o las regalías debidas a la propiedad intelectual, es decir, todo lo relacionado con las solicitudes de patentes. La empresa Skype, fundada por un sueco y un danés, vendió su tecnología, que prometía enormes perspectivas de beneficios, a una filial irlandesa en 2004 por 25.000 euros! En otras palabras, las autoridades fiscales no recibieron nada! Menos de un año después, Skype fue comprado por eBay por 2,6 mil millones de dólares.

En cuanto a las “zonas francas”, en las que los capitalistas están exentos de impuestos, aunque ya existían para los comerciantes en la Edad Media, han proliferado desde mediados de la década de 1960 y ahora hay casi 2.000 de ellas. A escala mundial, se crea uno cada día y ya hay un centenar de ellos en Francia. Las grandes industrias, así como los gigantes del sector terciario (como los centros de llamadas) prosperan aquí, al abrigo del IVA, de los impuestos sobre la propiedad y, por tanto, de los impuestos.

Por otra parte, es imposible enumerar todas las medidas con las que los mayores grupos capitalistas consiguen reducir sus impuestos, ya que los “nichos fiscales” existentes en todos los países y la imaginación de los representantes políticos de la burguesía para crear nuevos son ilimitados.

Una ofensiva que ha estado en marcha durante varias décadas con el apoyo de los gobiernos y los estados

Desde mediados de la década de 1970, la gran burguesía está librando una verdadera guerra contra la clase obrera: para restaurar y preservar sus beneficios. En todas partes ha intensificado la explotación y cuestionado los pequeños progresos que millones de trabajadores de las principales potencias imperialistas podían dar por descontado: en cuanto a condiciones de trabajo, derechos laborales, libertades sindicales, sistemas de pensiones. La crisis financiera de 2008 intensificó aún más esta ofensiva. Se lleva a cabo tomando sumas cada vez más extravagantes de los presupuestos del Estado, pagadas en forma de ayudas directas o indirectas a favor del gran capital, permitiéndole al mismo tiempo escapar cada vez más a los impuestos. El reto ya no es simplemente mantener las arcas nacionales al mínimo, sino vaciarlas. Las consecuencias de esta política son múltiples para las finanzas públicas y, a su vez, para las clases trabajadoras, ya que se han sacrificado los gastos en educación,

formación, inversión en transporte público y, sobre todo, los hospitales, como lo demuestra de forma dramática la situación en la que se encontraban desde la llegada de la epidemia de Covid-19.

Introducido en Francia en 1948 con una tasa del 24%, el impuesto sobre la renta de las sociedades había aumentado por etapas hasta alcanzar el 50% en 1958, un nivel cercano a las tasas que se practicaban entonces en la mayoría de los países desarrollados y que se mantuvo durante un cuarto de siglo. Estos eran gastos incidentales fuera de toda proporción con las ganancias que los capitalistas obtenían al impulsar la producción con fondos públicos.

Cuando la izquierda llegó al poder, unida detrás de Mitterand, lanzó un movimiento general para bajar los impuestos a las grandes empresas. En 1985, la tasa de impuestos se redujo al 45%, y al año siguiente al 42%. En el otoño de 1991, la prensa financiera expresó su asombro ante la oferta que la izquierda se disponía a hacer a las empresas bajándola aún más hasta el 33%: “El coste de la reducción de los tipos del impuesto de sociedades es enorme” (Les Echos, 13 de septiembre de 1991); “Esta medida... es un regalo fiscal para las empresas, pero también para sus accionistas”. “La Tribune”, 22 de octubre de 1991. Además, había una tasa reducida para las PYMES.

En la práctica, los impuestos que pagaban realmente las multinacionales francesas, empezando por la más grande de ellas, Total, eran aún más bajos, o incluso cero en algunos años. Y esta política de donaciones ha continuado bajo todos los gobiernos, hasta el punto de que hoy en día la parte del impuesto de sociedades en los ingresos fiscales del Estado francés no supera el 13%.

Y eso sin contar las enormes sumas de dinero que van directamente a sus arcas cada año. Sin repasar las innumerables medidas adoptadas durante las presidencias neerlandesa y de Macron, cabe mencionar las decenas de miles de millones de dólares de ayuda proporcionada por los dos créditos fiscales de los que se beneficiaron los principales empleadores con el crédito fiscal para la investigación (CIR) y el crédito fiscal para la competitividad y el empleo (CICE). Esto fue suficiente para reducir la tasa impositiva efectiva para las grandes empresas del 17,8% al 7,7%[3].

Esta reducción de los impuestos de las empresas, y el correspondiente aumento de los ingresos gubernamentales perdidos, ha continuado durante las dos últimas décadas a nivel mundial. Especialmente desde la crisis financiera de 2008, que llevó a la denuncia unánime de la “dictadura de las finanzas” para calmar a la opinión pública. El Instituto de Políticas Públicas (IPP) estimó en 2019 que entre 2000 y 2018, la tasa me-

dia de este impuesto de sociedades (CIT) había “disminuido en casi un tercio, del 30% a menos del 22%” dentro de la OCDE. Lejos de impulsar la inversión y el empleo, estos recortes masivos sólo han alimentado aún más los aspectos más parasitarios de las finanzas y la explosión de grandes fortunas.

Pero ciertamente fueron los Estados Unidos, mucho antes de la llegada de Trump, los que fueron más lejos en esta política, imponiendo su ritmo a toda la economía capitalista.

Estados Unidos: Trump continúa el trabajo de sus predecesores

En los años 30, para salvar al capitalismo de la crisis que había provocado y para preparar la guerra que le seguiría, los dirigentes americanos introdujeron tipos impositivos que casi parecerían confiscatorios... pero que no impidieron a la gran burguesía salir de esta crisis más rica y fuerte. Así, hasta 1980, la tasa marginal superior del impuesto sobre la renta promedió el 78%, e incluso llegó al 91% entre 1951 y 1963. La tasa del impuesto sobre la renta de las empresas varió entre el 48% y el 52% entre 1951 y 1978. En otras palabras, por cada dólar de beneficio, 50 centavos tenían que ir a las arcas del gobierno.

Pero el rendimiento real de este impuesto fue en realidad mucho menor, ya que la burguesía americana, a pesar de la nostalgia de ese período, logró eludir en gran medida esta regulación. En particular, las ganancias obtenidas en el extranjero por empresas estadounidenses no fueron gravadas por las autoridades fiscales estadounidenses hasta que fueron repatriadas a los Estados Unidos. Si lo fueran.

Un plan llamado Refugio Fiscal también permitió a los contribuyentes más ricos deducir las pérdidas de ciertas empresas de su renta imponible. Estas empresas, al no ser sociedades anónimas, no estaban sujetas al impuesto de sociedades. La vena fue ampliamente explotada. La única razón de la existencia de algunos de ellos, sin ninguna actividad económica, era registrar pérdidas igualmente imaginarias, que luego podían deducirse de los ingresos de sus propietarios. Otras fueron pérdidas reales debido a disposiciones específicas del código fiscal. Permitieron, por ejemplo, la cancelación extravagante de las inversiones en los sectores del petróleo, el gas y los bienes raíces, y por lo tanto, pérdidas ficticias.

Como resultado, el déficit del presupuesto federal explotó. A los ojos de los portavoces de la gran burguesía, se demostró que “demasiados impuestos matan a los impuestos”, según la famosa fórmula de un economista. Este fue el argumento de Reagan para aprobar, por un voto casi unánime del Senado (97 a 3), un recorte

general de los impuestos de las empresas que se redujo en 1986 al 28 por ciento por la Ley de Reforma Fiscal.

Esto no puede sino agravar los recortes de los presupuestos sociales, ya que los beneficios de las multinacionales estadounidenses siguen estando protegidos por impuestos a tasas remunerativas en el resto del mundo: de 1995 a 2017, mientras que los beneficios se dispararon, los ingresos del impuesto de sociedades cayeron un 35%. Los impuestos sobre los dividendos se redujeron a la mitad (del 39,6% al 20%) y los ingresos por impuestos de sucesión se derrumbaron.

Desde el decenio de 1950, el tipo impositivo medio sobre el capital ha disminuido a lo largo de los años en 20 puntos porcentuales, mientras que el impuesto sobre el trabajo ha aumentado en 10 puntos porcentuales.

Fue esta política la que Trump, con su cinismo habitual, persiguió ya en 2017 al aprobar la Ley de Recortes de Impuestos y Empleos, llamándola la mayor reducción de impuestos y reforma de todos los tiempos. Redujo la tasa teórica del impuesto de sociedades al 21% e incluso al 10,5% sobre los beneficios de sus filiales extranjeras. Un estudio realizado en el momento de su adopción mostró que las 400 empresas más grandes de los Estados Unidos pagaban una tasa impositiva efectiva del 11,3% en 2018 y que 91 de ellas no habían pagado ningún impuesto en absoluto[4]. Al año siguiente, el producto de este impuesto cayó de 285.000 millones de dólares a 158.000 millones de dólares, lo que representa sólo el 1% del ingreso nacional, el nivel más bajo desde la Gran Depresión de la década de 1930.

Esta reforma fiscal también introdujo una retención del 15,5% de los beneficios acumulados en el extranjero por las empresas multinacionales estadounidenses (estimados en más de 2,5 billones de dólares), independientemente de que fueran repatriados a los Estados Unidos o no. George Bush ya lo había hecho en 2004, cuando decidió conceder una amnistía que permitía a las empresas multinacionales que repatriaban sus beneficios estar sujetas a una tasa del 5,25% en lugar del 35% entonces vigente. Esa decisión ha dado lugar, sin duda, a la repatriación de 298.700 millones de dólares de beneficios. Pero el 79% de esto se distribuyó a los accionistas en forma de recompra de acciones y el 15% en forma de dividendos!

Expropiar a la burguesía: el único punto en el programa

Por primera vez en más de un siglo, la tasa de impuestos para las 400 personas más ricas de los EE.UU. cayó por debajo de la de las clases modestas por primera vez en más de un siglo. El 1 por ciento superior de los más ricos capta ahora

el 20 por ciento del ingreso nacional (en comparación con el 10 por ciento en 1980), casi el doble de la mitad de la población de los Estados Unidos. Como Víctor Hugo escribió en su novela *El hombre que ríe*: “El paraíso de los ricos está hecho del infierno de los pobres”. Y con pocos o ningún impuesto. Frente a Trump, que se autodenominó “más inteligente” por no pagar impuestos, Warren Buffet, con sus 65.300 millones de dólares de patrimonio personal, se jactó en 2016 de haber pagado sus impuestos. Pero si hubiera pagado 1,8 millones de dólares en impuestos ese año, eso representaba una tasa efectiva del 0,056%, isobre sus 3.200 millones de dólares de ingresos para el año!

A escala de la economía mundial, en los últimos decenios se ha producido una gigantesca transferencia a favor del gran capital, transformando en parte la naturaleza misma de las empresas o, al menos, completando su evolución y fusionándose con el capital financiero. Frente a esta dictadura permanente de la burguesía, cuán irrisorias son las propuestas de los economistas y políticos burgueses a los que a menudo sirven de pluma, de “gravar a los ricos” o de trabajar por una “democracia fiscal”. Denunciar las desigualdades, privilegios e injusticias es ciertamente digno de elogio. Pero si no luchamos contra los propios mecanismos de explotación y de propiedad de los medios de producción, son en el mejor de los casos frases vacías, en el peor de los casos un medio para distraer a las clases trabajadoras de su verdadero enemigo: la gran burguesía y todo el sistema capitalista.

En vista del colapso generalizado de la economía capitalista, cuán ridículos son los esfuerzos de quienes pretenden imponer una “tasa impositiva mínima” del 12,5% (la actual propuesta de la OCDE) o, al igual que la Unión Europea, un “código de buena conducta para la tributación de las empresas” o un “paquete de medidas contra la evasión fiscal”. En 2019, la ONG Oxfam, cuyos informes mencionan regularmente el repugnante enriquecimiento de una pequeña fracción de la clase media alta, se basa en una oración a los gobiernos, implorándoles que “se aseguren de que las empresas y los más ricos paguen su parte de los impuestos”. En cuanto al llamado impuesto Gafa decidido por Francia y algunos otros países, por irrisorio que haya sido, fue rápidamente arrojado al olvido.

El papel de los revolucionarios hoy más que nunca es luchar contra estas ilusiones y los que las llevan y poner en la agenda el derrocamiento de todo el orden social. En *El marxismo de nuestra época* (1939), Trotsky escribió: “Las reformas parciales y los retoques no servirán de nada. El desarrollo histórico ha llegado a una de esas etapas decisivas en las que sólo la intervención directa de las masas es capaz de barrer los obstáculos reaccionarios y sentar las bases de

un nuevo régimen. La abolición de la propiedad privada de los medios de producción es la primera condición para una economía planificada, es decir, para la intervención de la razón en el campo de las relaciones humanas, primero a escala nacional y luego, posteriormente, a escala mundial”. Su conclusión sigue siendo relevante hoy en día.

28 de Marzo de 2020

Lutte de classe n°207 - abril-mayo 2020

NOTAS

- 1] Karl Marx, *El Capital*, Libro Uno, “El desarrollo de la producción capitalista”, Sección III: “La producción de plusvalía absoluta”, 1867.
- 2] Petr Jansky, 2019, *Evaluation of the gap: the scale of international corporate tax avoidance*.
- 3] Nota del Instituto de Política Pública (IPP) citada por *Le Monde* del 11 de marzo de 2019.
- 4] Informe del think tank *Taxation and Economic Policy* (ITEP), citado por el *Washington Post* del 18 de diciembre de 2019.



UN PROGRAMA DE LUCHA CONTRA EL CAPITALISMO EN CRISIS

La actualidad del Programa de Transición para la revolución socialista, “La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional”

¿Qué es un programa revolucionario?, ¿cuáles son nuestros objetivos?... ¿Cómo podemos actuar?... Son preguntas que todo militante revolucionario se hace en estos momentos de crisis global del capitalismo para que la conciencia de clase la clase trabajadora evolucione hacia la comprensión de su papel histórico de cambio social en esta sociedad y en la construcción de un partido comunista.

El Programa de Transición realizado en 1938 en un mundo abocado a la II Guerra Mundial como única solución a la crisis capitalista de 1929, responde a esta necesidad de organizar un partido obrero en una época de crisis económica y social en pleno derrumbe del capitalismo.

Este artículo se presenta como una introducción para animar a la lectura del programa. En su lectura veremos su actualidad y su utilización en estos momentos que creemos son terminales en sentido histórico para el capitalismo. Este programa es una guía para la acción y no un recetario para aplicar “sin ton ni son” a la sociedad actual y precisamente por esta razón apreciamos la necesidad esencial para nuestra lucha de este texto fundacional de la IV Internacional.

“El comunismo no es una doctrina, sino un movimiento; no procede de principios, sino de hechos. Los comunistas no parten de tal o cual filosofía, sino de todo el curso de la historia anterior y particularmente de los resultados reales a los que se ha llegado actualmente en los países civilizados. El comunismo procede de la gran industria y sus consecuencias, del establecimiento del mercado mundial, de su correspondiente competencia desatada, de las crisis comerciales cada vez más violentas y universales, que se han convertido ya en crisis en toda regla del mercado mundial, de la creación del proletariado y de la concentración del capital, de la lucha de clases resultante entre proletariado y burguesía. El comunismo, como teoría, es la expresión teórica de la posición del proletariado en esta lucha y la síntesis teórica de las condiciones para la liberación del proletariado.”

Federico Engels, los comunistas y Karl Heinen

¿Qué es un programa revolucionario?

Es un análisis científico de la sociedad, la economía y la política en una fase histórica precisa de un país, continente, del mundo. Explica los

procedimientos, métodos, estrategias y tácticas, en definitiva los pasos para intervenir en la realidad social para conseguir los objetivos revolucionarios comunistas. Es decir es la explicación de un proyecto de futuro para el cambio de la sociedad, sus procesos y objetivos.

“El propósito inmediato de los comunistas es la constitución de los proletarios en clase, destrucción de la supremacía burguesa, conquista del poder político por el proletariado, condición previa e inexcusable de la reorganización de las relaciones sociales...” “El capital no es, pues, una fuerza personal; es una fuerza social. En consecuencia, si el capital es transformado en propiedad colectiva, perteneciente a todos los miembros de la sociedad, no es la propiedad personal la que se transforma en propiedad social. Sólo cambia el carácter social de la propiedad. Esta pierde su carácter de clase.” Marx, Engels, El Manifiesto del Partido Comunista.

En el programa, se sitúa “la verdadera tarea de un partido socialista revolucionario: no inventar planes de reestructuración de la sociedad ni ocuparse de la prédica a los capitalistas y sus acólitos de la necesidad de mejorar la situación de los obreros, ni tampoco urdir conjuraciones, sino organizar la lucha de clase del proletariado y dirigir esta lucha, que tiene por objetivo final la conquista del Poder político por el proletariado y la organización de la sociedad socialista.” Lenin, Nuestro programa.

En el programa “se expresan nuestros conceptos fundamentales, nuestras tareas políticas inmediatas, señalar las reivindicaciones mas cercanas, que son las que deben determinar el contenido de nuestra labor de agitación, darle unidad, hacerla más amplia y más profunda y convertirla, de agitación parcial y fragmentaria en favor de pequeñas reivindicaciones, desligadas unas de otras, en una agitación por el conjunto de todas las reivindicaciones socialdemócratas...”

“...En él se indica cuál es el objetivo que debe perseguir esa clase: “La revolución comunista” — “la conversión en propiedad social de todos los medios e instrumentos de producción”, la “supresión de la producción mercantil” y “su sustitución por un nuevo sistema, por un sistema de producción social”—; es “la conquista del poder político por la clase obrera” como “condición previa e inexcusable” “de la reorganización de las relaciones sociales”; se señala “la solidaridad internacional del proletariado...” Lenin, “Proyecto de programa de nuestro partido”.

El Programa de Transición realizado en 1938 en un mundo abocado a la II Guerra Mundial como única solución a la crisis capitalista de 1929, responde a esta necesidad de organizar un partido obrero en una época de crisis económica y social en pleno derrumbe del capitalismo. En esos momentos, con la guerra a las puertas, era necesario dotar de un programa revolucionario a los pocos militantes se organizaban con Trotsky en contra de la degeneración estalinista, que aunara toda la experiencia de luchas y revoluciones, en especial la revolución rusa. La hipótesis de una situación prerrevolucionaria se iba a hacer realidad. Era imprescindible “el arma” programática para encarar la posibilidades de un periodo revolucionario que seguro desencadenaría la guerra a partir de 1929. Los estallidos vinieron pero la muerte de Trotsky en 1940, la falta de cuadros formados y de núcleos militantes en la clase obrera unido a la represión y traición estalinista impidió el triunfo revolucionario en Europa.

Existe en la actualidad el mismo problema fundamental que había en 1938, acrecentado por la desaparición de la URSS, el estalinismo y burocratización. Esto es, a falta de un partido revolucionario que anteriormente sí había existido y dirigido la revolución. Esa falta de dirección revolucionaria nos obliga a crearla, para el momento en el cual las masas trabajadores comienzan a luchar y se abra la época revolucionaria. No podemos saber cómo, dónde, cuando van a estallar las revueltas. Pero es seguro que la situación de crisis terminal, acrecentada por la pandemia, va a permitir nuevas luchas y estallidos revolucionarios y tenemos que militar preparados para

estas posibilidades. El programa de Transición será una herramienta fundamental en las luchas y construcción del futuro partido obrero.

¿A qué obedece el programa y en qué contexto?

En la situación actual es previsible el aumento de la crisis económica y social, el sufrimiento de millones de personas, el paro masivo, despidos y quiebra del crecimiento con destrucción de fuerzas productivas.

En la época del Programa de Transición (desde ahora PT) “las condiciones objetivas para la revolución proletaria no sólo han “madurado”, han empezado a pudrirse. En el próximo período histórico, de no realizar la revolución socialista, toda la civilización humana se verá amenazada por una catástrofe. Es la hora del proletariado, es decir, ante todo de su vanguardia revolucionaria. La crisis histórica de la Humanidad se reduce a la crisis de su dirección revolucionaria.”¹ Y este es un escenario mundial que tenemos que tener presente puesto que el impacto de la crisis es catastrófica y se repite la situación.

El PT se hace precisamente en un contexto de crisis capitalista brutal causada por la crisis de 1929, la Gran Depresión. Eran momentos previos a la gran conflagración de la II GM y las hipótesis de revueltas, movilizaciones y luchas estaban a la orden del día y con un movimiento obrero en EEUU pujante y rompedor con las viejas estructuras. El PT está realizado como programa para la revolución en una época de capitalismo terminal y exacerbación de la lucha de clases. Este escenario puede aparecer, nunca será el mismo, pero si estamos ante una realidad incontestable: la incapacidad del sistema capitalista y sus políticos de solucionar los problemas de la sociedad y protegerla.

No se puede predecir exactamente que ocurrirá cuando no tenemos todas las variables exactas que intervienen en la sociedad, como si fuera una fórmula matemática, pero, en nuestro caso, si se puede explicar y determinar la catástrofe que viene, a partir de la crisis sanitaria y económica provocada por la pandemia del Covid19. Podemos aventurar hipótesis. La primera de ellas ya la explican los reformistas y la derecha burguesa. Es un escenario de crisis hasta el 21/22 con un pico en forma de V. Los más pesimistas en forma de L. Pero mucho nos tememos que la solución capitalista, al igual que las grandes crisis como la de 1929, va a desembocar en una depresión generalizada y mundial. Se podrán implementar medidas “reformistas”, tipo New Deal o parecidas para poder tener un colchón social, pero no podrán resolver, ni a medio plazo, los problemas puesto que vivimos una crisis terminal del capi-

1 Todos los entrecomillados sin referencia pertenecen al Programa de Transición.

talismo. Y hay que recordar que, en las crisis económicas, el capitalismo sólo puede salir de ellas haciéndole pagar a la población trabajadora la factura.

La organización de la sociedad, su estructura y las relaciones económicas y productivas están basadas en un régimen guiado por el máximo beneficio individual y privado de las empresas y capitalistas. La búsqueda de la máxima rentabilidad, y la especulación con todo lo imprescindible y necesario para la vida, da lugar a un sistema irracional, desequilibrado e insensato. El sentido común está desaparecido, se pone continuamente en grave riesgo, la protección y la supervivencia de toda la sociedad, la especie humana y el planeta.

En nuestro caso actual, un hecho impredecible, una enfermedad el Covid-19, nos ha mostrado la fragilidad de la sociedad capitalista. Pero la fragilidad estaba ya, hubiera aparecido con otro hecho, circunstancia o causa natural o simplemente por efecto del hombre. Es el edificio social que está en ruinas con los cimientos corroídos. Se mantiene aparentemente en pie con grietas cada vez más visibles. El riesgo de derrumbe de todo el edificio es real y el reformismo “progresista” apuntala el edificio. El problema importante no es saber exactamente la causa inmediata - en nuestro caso el coronavirus-, sino apreciar el estado de fragilidad social, explicarlo y hacer entender que la causa inmediata es sólo el desencadenante, como podría haber sido otro cualquiera.

No hay solución desde el reformismo, intervención del Estado, pactos de la Moncloa etc., porque es imposible, porque es imposible reformar el capitalismo, para hacer un capitalismo con rostro humano como quiere Podemos e IU. Está claro que es la propia burguesía la que no encuentra solución a la situación desde las medidas anteriores y tendrá que tirar de las recetas del reformismo e intervención del Estado.

En el contexto de creación del PT “La economía, el Estado, la política de la burguesía, sus relaciones internacionales, se ven afectadas por la crisis social, característica de la situación prerrevolucionaria de la sociedad.” En estos momentos todavía no nos encontramos en ese escenario pero sí en el camino. En la medida de que la burguesía no pueda controlar el proceso y no encuentre salida se abrirá situaciones prerrevolucionarias.

¿Cual es nuestro objetivo?

La sociedad comunista es nuestro objetivo final. Partimos de la evidencia de que el capitalismo es incapaz de solucionar sus crisis sin atacar a los trabajadores y crear sufrimientos indecibles a la sociedad. Con la exacerbación de la lucha

de clases las posibilidades de cambio social se acrecientan en la medida de que los trabajadores luchen por objetivos que implican soluciones inmediatas a su situación, pero también difundiendo medidas que lleven el camino hacia nuestro objetivo, de una manera progresiva de ahí las medidas de transición. Para ello hay que adoptar reivindicaciones que desde el punto de vista económico parecerán insuficientes e insostenibles; pero que en el curso de los movimientos y luchas se sobrepasarán.

Partimos siempre de la hipótesis de que en cualquier momento, en una situación de crisis social y económica, las luchas obreras van a desencadenar cambios en la mente y hábitos de los trabajadores y van a posibilitar en la lucha, la comprensión y la necesidad de acabar con la propiedad privada de los medios de producción, dicho de otra manera un aumento de la conciencia de clase. Esto hará desencadenar una movilización de masas tan extensa que pondrá en quiebra el régimen político y social, y la dominación de la burguesía.

“El rasgo característico más indiscutible de las revoluciones es la intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos. En tiempos normales, el Estado, sea monárquico o democrático, está por encima de la nación; la historia corre a cargo de los especialistas de este oficio: los monarcas, los ministros, los burócratas, los parlamentarios, los periodistas. Pero en los momentos decisivos, cuando el orden establecido se hace insostenible para las masas, éstas rompen las barreras que las separan de la palestra política, derriban a sus representantes tradicionales y, con su intervención, crean un punto de partida para el nuevo régimen.” (...)“La historia de las revoluciones es para nosotros, por encima de todo, la historia de la irrupción violenta de las masas en el gobierno de sus propios destinos.” L.Trotsky, prólogo “Historia de la Revolución Rusa”.

Es el objetivo crear una organización de comunistas preparados para dirigir los acontecimientos de las masas en acción. “Sin una organización dirigente, la energía de las masas se disiparía, como se disipa el vapor no contenido en una caldera. Pero sea como fuere, lo que impulsa el movimiento no es la caldera ni el pistón, sino el vapor... El proceso político fundamental de una revolución consiste precisamente en que esa clase perciba los objetivos que se desprenden de la crisis social en que las masas se orientan de un modo activo por el método de las aproximaciones sucesivas.” L.Trotsky, prólogo “Historia de la Revolución Rusa”.

¿Cómo podemos actuar?

Explicar la crisis capitalista, la incapacidad de una economía y sociedad de resolver los proble-

mas desde ejemplos concretos. Eso significa contactar con el máximo de trabajadores y de jóvenes posibles, establecer lazos estables, animar a la cultura y formación política marxista y preparar una estructura militante, si evolucionan los contactos, con posibles reuniones periódicas etc. Y apoyar y solidarizarnos con cualquier lucha o situación provocadas por la crisis.

El fondo del problema es que el capitalismo no tiene salida y la única que tiene, es hacer pagar y atacar a los trabajadores para mantener sus beneficios, que es la sangre del vampiro social que es el capital.

Difundir la única solución, socialismo o barbarie, el comunismo y las medidas del PT. En tiempo de crisis económica brutal, de catástrofe social, sirve de muy poco o de casi nada las medidas reformistas tipo Podemos-IU, pues la única medida efectiva es expropiar los medios de producción y entonces has realizado ya el objetivo pretendido de las reformas (fiscal - o similares-): obtener recursos para invertirlos en necesidades sociales y la igualdad social y sólo se puede cumplir este objetivo si atacamos el núcleo del capitalismo, la propiedad privada de los medios de producción, tomando el poder la clase trabajadora, de ahí el Programa de Transición.

No hay salida reformista, es imposible, ni reforma fiscal, ni inversión estatal etc., cualquier cosa que se haga, como los ERTE, o renta básica o IMV etc., no servirá de nada a medio plazo - será pan para hoy, hambre para mañana- porque no ataca a la causa real de la crisis que es la propiedad privada de los medios de producción para extraer plusvalía, beneficios. Toda medida en el sentido reformista creará deuda en manos de los inversores capitalistas - los bonos corona que proponen- y ¿quién pagará la factura? Esta es la pregunta clave.

Las salidas “buena gente” tipo Podemos, por ejemplo, rentas básicas, reformas fiscales, seguros de paro, etc., solo engañan a la gente para salvar al capitalismo de su crisis para volver a empezar.

El New Deal, las políticas de frente popular, de reconstrucción tipo de Gaulle con los Pc solo salvaron el capitalismo y en épocas de crisis, históricamente, han costado miseria, precariedad, explotación, guerras, muerte y sufrimiento a la humanidad.

En el PT explica que “la orientación de las masas viene determinada, ante todo, por las condiciones objetivas del capitalismo decadente y, después, por la política traidora de las organizaciones obreras tradicionales. De estos factores, el decisivo es el primero: las leyes de la Historia son más fuertes que los aparatos burocráticos.” En nuestro caso Podemos e IU no son más que

organizaciones que cumplen el papel de llevar al engaño y al redil de la burguesía a los movimientos que luchan como fue el caso del 15M, Marchas etc. y la oleada de luchas alrededor de estas manifestaciones.

La única medida efectiva 100% sería la expropiación de los medios de producción y ponerlos en manos de la clase trabajadora y la sociedad, empezando por los fundamentales pues son los que generan riqueza. Eso significaría la destrucción del capitalismo y la toma del poder político por la clase trabajadora. Por eso el programa de transición sería el único programa de lucha efectivo y posible en las circunstancias actuales.

La única salida que nos preparan, después de la catástrofe sanitaria es la catástrofe social y la única disyuntiva es socialismo o barbarie. “La crisis actual de la civilización humana es la crisis de la dirección proletaria. Los trabajadores avanzados, unidos en la IV Internacional, muestran a su clase cuál es el camino para solucionar esa crisis.”

¿En concreto cómo utilizar PT para aumentar la conciencia de clase?

1. Debatir, lo primero y lo más importante, explicar la crisis y el hundimiento del capitalismo, exponer y defender las reivindicaciones del PT de acuerdo a cada problemática concreta de empresa o general, así como combatir y refutar las reivindicaciones y las afirmaciones de los partidos derechistas y reformistas. Ligar las reivindicaciones concretas con las generales del PT, escuchar las diversas situaciones y problemáticas y explicar su causa sistémica.

2. Dirigirnos al proletariado, fundamentalmente, de las ciudades, la industria y sectores fundamentales de la economía. “Las consignas y las formas de organización deben subordinarse a este carácter del movimiento. Al tiempo que se huye de la rutina como la peste, la dirección debe ser sensible a la iniciativa de las masas.” A los cierres de empresas que veremos, “las huelgas con ocupación de fábrica” pueden ser una reacción de los trabajadores y mostrarán que “rebasan los límites del funcionamiento normal del régimen capitalista.” Los comités elegidos y revocables por la asamblea de trabajadores, deben sustituir a los serviles “comités de empresas” actuales. Y la diferencia estriba en la lucha colectiva expresada en la asamblea que le da un control directo a los trabajadores.

3. Hay que buscar todas las vías posibles para contactar con la clase trabajadora. Huir del diletantismo, el protagonismo egocéntrico, la pedantería. “Quien no sepa buscar y hallar el camino hacia las masas no es un luchador, es un peso muerto que gravita sobre el partido. No se formula un programa para los redactores de un

periódico o para los animadores de clubs de debate, sino para llevar a la acción revolucionaria a millones de luchadores.”

4. Generalizar las reivindicaciones de la clase trabajadora que lucha para generalizarlas y unir lo concreto a lo general. “Es necesario ayudar a las masas a que en sus luchas cotidianas hallen el puente que une sus reivindicaciones actuales con el programa de la revolución socialista. Este puente debe componerse de un conjunto de reivindicaciones transitorias, basadas en las condiciones y en la conciencia actual de amplios sectores de la clase obrera para hacerlas desembocar en una única conclusión final: la toma del poder por el proletariado.” PT.

5. Nuestra actuación tiene que ser honesta, estar con la verdad siempre. “Mirar la realidad de frente, no ceder a la línea de menor resistencia; llamar al pan pan y al vino vino; decir la verdad a las masas, por amarga que sea; no tener miedo de los obstáculos; ser exacto tanto en las cosas pequeñas como en las grandes; basar el programa propio en la lógica de la lucha de clases; ser audaz cuando llega la hora de la acción: tales son las reglas de la IV Internacional.”

6. Aumentar la conciencia de clase. Utilizar todos los argumentos, acciones, relaciones, demostraciones prácticas, en fin todos los medios posibles para que la gente comprenda la realidad para aumentar la conciencia de clase. Desenmascarar la política de Podemos e IU, porque son hoy en día un freno y un engaño. “Son buenos todos los medios que aumentan la conciencia de clase de los trabajadores, su confianza en sus propias fuerzas y su disposición a sacrificarse en la lucha. Los únicos medios inaceptables son aquellos que inducen a los oprimidos a temer y a someterse a sus opresores, que aniquilan su voluntad de protesta y su capacidad de indignación y que sustituyen la voluntad de las masas por la de sus dirigentes, sus convicciones por la obediencia ciega y el análisis de la realidad por la demagogia y los amaños. Por eso tanto la socialdemocracia, que ha prostituido al marxismo, como el estalinismo, antítesis del bolchevismo, son enemigos mortales de la revolución proletaria y su moral.”

7. ¿Cómo actuar en los sindicatos? Actualmente los sindicatos mayoritarios CCOO y UGT se han convertido en aparatos burocráticos al servicio del Estado y en las empresas en muchos casos de la patronal. En la época del PT había un auge en Norteamérica y Francia de las luchas obreras y nuevos sindicatos de masas habían aparecido al calor de movilizaciones obreras. En el PT se describe con lucidez el proceso que se repite una y otra vez en el mundo del trabajo de la corrupción de los aparatos sindicales: “Como organizaciones que expresan los intereses de las capas superiores del proletariado, los sindicatos – lo ha demostrado la experiencia histórica, in-

cluso la reciente de los sindicatos anarquistas en España – generan poderosas tendencias al pacto con el régimen democrático-burgués. En períodos de aguda lucha de clases, los organismos dirigentes de los sindicatos tratan de hacerse con las riendas del movimiento de masas para hacerlo inofensivo. Esto es lo que ocurre ya con las simples huelgas, especialmente cuando se trata de huelgas de masa con ocupación de fábricas, que socavan el fundamento de la propiedad privada. En tiempos de guerra o revolución, cuando la burguesía se ve asediada por dificultades excepcionales, los dirigentes sindicales suelen convertirse en ministros burgueses.”

En nuestro caso las luchas no han sobrepasado los aparatos sindicales. Éstos han controlado en los momentos de fuertes movilizaciones, como sucedió al final de la dictadura y en la Transición, a los trabajadores en lucha, conduciendo a éstos a callejones sin salida, pactando y obteniendo puestos y prebendas, en suma integrándose en el Estado. La consecuencia ha sido la división de la clase trabajadora en un sector precario mayoritario dominado por las subcontratación y la temporalidad y una minoría en la industria y otros sectores, la “aristocracia obrera” que obtiene salarios y condiciones de vida, hasta ahora, mejores.

La crisis va a cambiar la situación y los despidos, ERE y ERTE se van a generalizar, como de hecho ya lo hacen las grandes empresas como Airbus. Y tenemos que estar preparados para las nuevas luchas que vengan.

En España cada vez que se ha desarrollado una lucha importante y sobrepasado los aparatos burocráticos de los sindicatos la salida ha sido crear otro sindicato. Y vuelve a reproducirse el mismo proceso porque en el capitalismo, el sindicato está abocado a la negociación, a ser intermediarios entre la patronal, el Estado y los trabajadores que representan y estos límites lo marca el propio desarrollo del capitalismo. En última instancia solo el socialismo con la destrucción del capitalismo puede dar salida a la situación obrera. Por ello crear nuevos sindicatos es un error. Sabemos que crear otro sindicato es la salida inmediata de los trabajadores cuando ya no aguantan más las traiciones de los aparatos burocráticos. Es un error comprensible porque es la lucha obrera la única salida y son éstas cuando sobrepasan el límite de la empresa, se generalizan y se extienden que pueden aumentar la conciencia de clase, para acabar con el sistema que los esclaviza.

Entonces, debemos hacer hincapié en las luchas, las asambleas como órganos de democracia obrera, en los comités o comisiones elegidas y revocables porque será al calor de las luchas masivas que tendremos posibilidades de remover y superar los aparatos burocráticos.

Sobrepasar los límites del sindicalismo sólo es posible en condiciones de movilización e indignación social de la clase trabajadora. En esta situación crear otros sindicatos para competir con los burocratizados da poco resultado, porque no son nuestros deseos lo que pueden cambiar la situación. Los militantes revolucionarios sólo podemos analizar y explicar la situación y atraer a las personas más conscientes de nuestra clase e intervenir cuando la rabia de la clase trabajadora se expresa y se generaliza como históricamente y actualmente ha ocurrido y ocurre. Salirse del sindicato, formar otro no conduce a nada. Hay que utilizarlos para ayudar a los compañeros y compañeras en la lucha y hacer comprender a partir de la situación concreta la necesidad de acabar con el capitalismo y que los trabajadores tomen en sus manos la sociedad independientemente del sindicato en que se encuentre afiliado.

Las reivindicaciones que propone el PT son preparatorias para la supresión de la propiedad privada de los medios de producción, y son posibles y necesarias

Las reivindicaciones del PT son preparatorias para la supresión de la propiedad privada de los medios de producción, y son posibles y necesarias en tiempo de crisis social y económica grave y con luchas generalizadas. Y pretenden que los trabajadores luchen y tomen la conciencia de clase para tomar el poder.

1. Son posibles y necesarias. Y lo son porque, son medidas revolucionarias porque cambian de raíz la estructura económica y social de la sociedad.

2. Son necesarias porque protegerían y solucionarían los problemas de la sociedad y la realización y puesta en práctica de cada una de ellas nos lleva a dar un paso más hacia la expropiación de la burguesía. Nacionalización no significa socialismo. Sólo en ciertas condiciones es una medida, “una precondition” hacia el socialismo, siempre que esté en manos de los trabajadores y que haya una planificación obrera democrática y pueda desarrollarse internacionalmente abrirá las puertas a una nueva sociedad. “La propiedad estatal de los medios de producción, esa precondition del desarrollo socialista, abrió la posibilidad de un rápido crecimiento de las fuerzas productivas. Pero, al tiempo, el aparato del Estado obrero sufrió una degeneración total: de arma de la clase obrera pasó a ser un arma de violencia burocrática contra la clase obrera y, cada vez más, un arma de sabotaje contra la economía del país. La burocratización de un Estado obrero atrasado y aislado, así como la transformación de la burocracia en una casta privilegiada y todopoderosa son la más convincente refutación no sólo teórica, sino práctica, de la teoría del socialismo en un solo país.”

3. En el futuro el desempleo, los despidos van a ser masivos y defender la prohibición de los despidos y el reparto del trabajo sin bajar los salarios, así como la escala móvil de salarios, serán reivindicaciones a defender.

Por ejemplo: prohibir el despido por ley, -es decir hacerlo nulo y no la pantomima actual de los ERTE-, es un primer paso, pero la patronal va a contraatacar y cerrará la empresa, y eso nos lleva a luchar para controlar la producción e investigar la contabilidad y finalmente a tomar y ocupar la empresa. Estas situaciones tienen que generalizarse y planificar los sectores para ponerlos en marcha.

“El derecho al trabajo es el único derecho serio que le queda al trabajador en una sociedad basada en la explotación, pero hoy se lo quieren denegar en todo momento. Frente al paro, “estructural” o “coyuntural”, hay que oponer, junto con la consigna de más obras de interés social, la de una escala móvil de las horas de trabajo. Los sindicatos y demás organizaciones de masas tienen que unir a los que trabajan y a los parados en mutua solidaridad. Todo el trabajo existente debe distribuirse entre todos los trabajadores, determinándose así la extensión de la jornada de trabajo. El salario de cada trabajador debe ser el mismo que con la jornada antigua. Los salarios, una vez garantizado estrictamente un salario mínimo, deben seguir el movimiento de los precios. No se puede defender un programa distinto en la catastrófica situación actual.”

4. Son posibles las medidas del PT porque están conectadas unas con las otras, no es posible poner en marcha unas y no otras. Así es necesario implementarlas todas en una cadena que de un eslabón va a otro. El control de la banca lleva al control obrero, y esta lleva a su expropiación, y a su vez a la expropiación de los sectores esenciales. Los comités elegidos y revocables por las asambleas nucleas el poder obrero, los piquetes de huelga informan, pero defienden, y de ahí nos lleva en la cadena de acontecimientos a ser núcleos del poder obrero, y así el resto de medidas. “La “posibilidad” o “imposibilidad” de materializarlas depende ahora de la relación de fuerzas y es una cuestión que sólo puede resolverse con la lucha. Sólo la lucha, con independencia de sus resultados concretos inmediatos, puede hacer que los trabajadores lleguen a comprender la necesidad de liquidar la esclavitud capitalista.”

5. Son posibles en la medida en la que los trabajadores la imponen con la lucha y movilización hasta llegar a utilizar la fuerza de las armas. Tenemos que saber que estas medidas, su puesta en marcha real, significan una movilización extraordinaria en una lucha de clases exacerbada por la crisis, y por consiguiente un dominio del proletariado social y político. Hay que saber que es el proletariado quien puede imponer es-

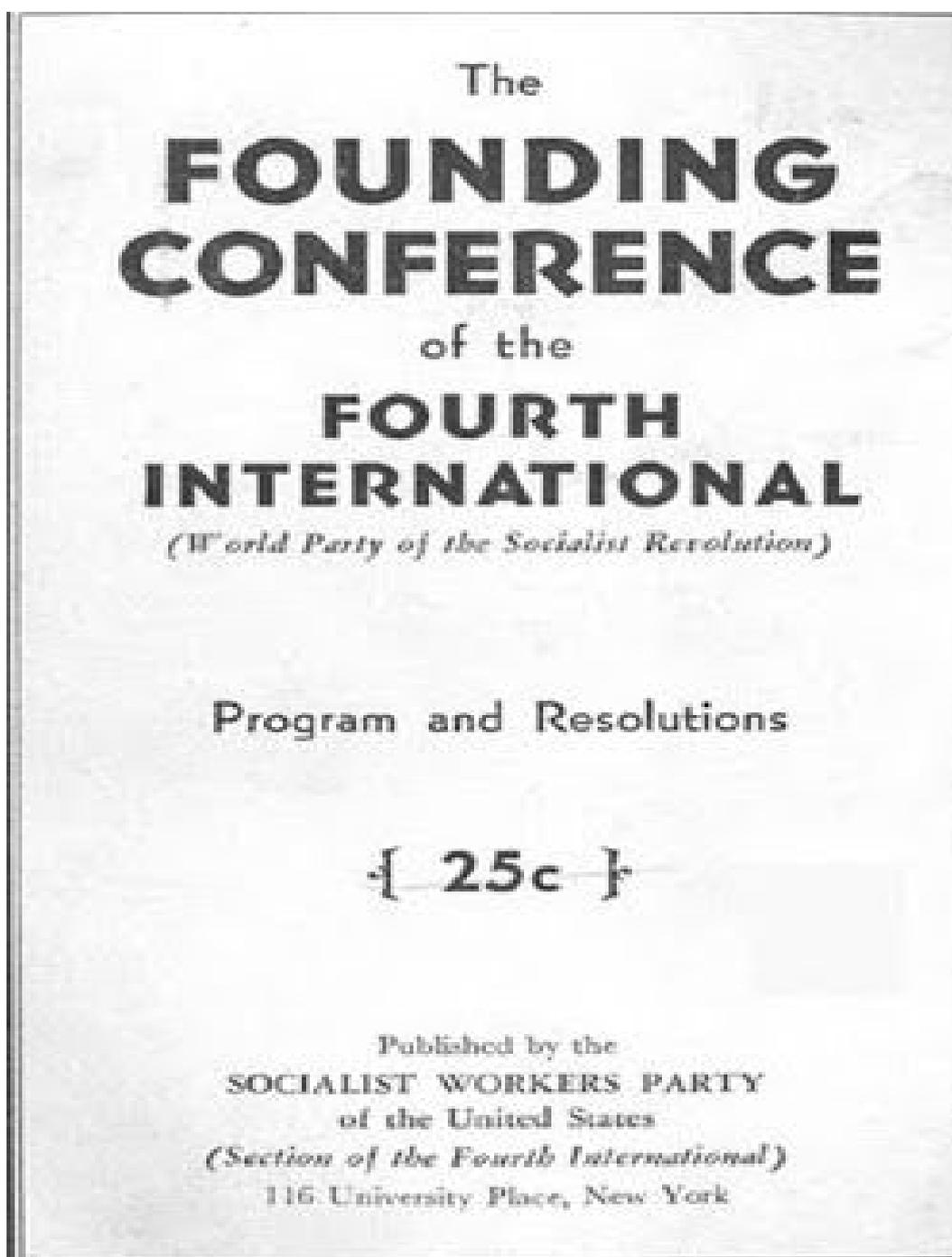
tas medidas, ningún gobierno reformista podría hacerlo y significa entender que es un proceso revolucionario permanente. Una espiral revolucionaria.

6. Por consiguiente al difundir las medidas como reivindicación, en momentos determinados porque existe el problema, pero no existe una movilización suficiente, la medida sólo es propagandística, explicativa, sin eficacia en el capitalismo y señalando siempre que una organización social colectiva, comunista en manos de los trabajadores es la solución definitiva.

7. Son posibles en la medida que el proletariado tiene el poder político que es nuestro fin, a través de los comités y los soviets. En el PT respecto a la expropiaciones explica que “ligamos

el tema de la expropiación con el de la toma del poder por los obreros y los campesinos.” Y esta es condición sine qua non para poder poner en marcha las medidas. Es decir sin gobierno obrero es imposible poner en práctica, de hecho, las medidas del P.T.

Junio de 2020





LENIN

150 ANIVERSARIO,
SU LEGADO MÁS
NECESARIO QUE NUNCA

El 22 de abril nacía Lenin, hace ahora 150 años, el principal líder de la revolución rusa de 1917 e instigador, junto a Trotsky, del primer Estado Obrero de la historia. Huyó siempre de los honores y dedicó su vida a la causa de la emancipación humana. Hoy recordamos lo que el leninismo representa, porque este término ha sido falsificado, distorsionado, vaciado de su significado y utilizado al servicio de políticas contrarias a las defendidas por Lenin. La falsificación del leninismo por parte de Stalin y sus sucesores en la URSS hizo, y continúa haciendo, estragos en el movimiento revolucionario y obrero de hoy.

Si Lenin, ayer como hoy, es tan odiado por los defensores del capitalismo, es porque ha traducido en la práctica el legado de Marx y Engels. Luchó para forjar la herramienta esencial para la emancipación de los trabajadores: un partido de lucha, compuesto por militantes enteramente dedicados a la revolución proletaria, el Partido Bolchevique. Cuando la revolución estalló por primera vez en Rusia en 1905, ni Lenin ni el Partido Bolchevique la iniciaron; pero los bolcheviques estuvieron a la vanguardia de la huelga general y de la organización de los Soviets (consejos de trabajadores) que siguieron. Era un partido de lucha, disciplinado y democrático, contrariamente a las mentiras difundidas. Tan es así que, puesto en minoría dentro de su partido por la cuestión de la participación en las elecciones posteriores a 1905, Lenin se inclinó ante la decisión de la mayoría, siempre explicando su línea, que terminó triunfando.

Gracias a Lenin el partido bolchevique se negó a unirse a la burguesía cuando estalló la guerra de 1914. Sin ser pacifista, el Partido Bolchevique llamó a transformar la guerra imperialista en una

insurrección obrera para derrocar a la burguesía. Fue nuevamente Lenin quien ganó, con algunas dificultades, en octubre de 1917, la decisión de preparar la insurrección armada para transmitir el poder a los Soviets, en contra de una parte de los líderes históricos del partido. Sin el partido bolchevique y Lenin, que era su líder más reconocido, la revolución de octubre de 1917 no podría haber triunfado, mientras los líderes mencheviques y sus aliados del gobierno se habían convertido en defensores de la «democracia», de hecho, de la burguesía. Junto a Trotsky fundó la Tercera Internacional, en 1919, y que marcaba la ruptura con la socialdemocracia que se había pasado del lado del orden burgués en 1914. La tragedia fue que la clase obrera internacional y sus militantes no tuvieron tiempo de construir partidos experimentados, implantados en las masas, antes de que cayera la ola revolucionaria que siguió al final de la guerra.

La derrota del proletariado europeo tuvo consecuencias catastróficas. En la URSS, aceleró la degeneración de la revolución, aislada en un país atrasado. El establecimiento de la dictadura estalinista ahogó en sangre las ideas defendidas por Lenin, y después de su muerte, por los militantes bolcheviques agrupados alrededor de Trotsky.

Hoy, en el mundo, la clase trabajadora sigue sin tener partidos de entidad y con implantación social que la representen. Ahora con la crisis pandémica y la exacerbación de la lucha de clases que está librando la burguesía mundial, es vital que las nuevas generaciones conozcan la herencia revolucionaria del movimiento obrero. ¡La clase obrera necesita comprender su misión histórica y dar nueva vida a los partidos comunistas revolucionarios, como el que Lenin dedicó su vida!

¿QUÉ IDEAS DEFIENDE VOZ OBRERA?

Voz Obrera es el nombre de los boletines de empresa y de este periódico, que agrupa a militantes comunistas e internacionalistas que luchan por una sociedad fraternal e igualitaria donde los medios de producción, la banca, las grandes empresas que dominan los sectores productivos, la tierra sean públicas y estén en manos de los trabajadores donde toda la clase trabajadora decida qué, cómo, cuándo producir y distribuir los bienes y productos necesarios para nuestra subsistencia. Luchamos por una sociedad donde la educación, la sanidad, y la investigación científica en beneficio de todas las personas sean prioritarias.

Para ello las decisiones se tomarán democráticamente, en lo que llamamos una democracia de trabajadores, por la libre expresión y mayoría de las y los trabajadores en el sistema que tradicionalmente se ha llamado socialismo o comunismo revolucionario que no tiene nada que ver con la dictadura de la burocracia estalinista de la URSS o el antiguo socialismo soviético de Rusia. En este sentido la clase trabajadora tendrá que organizar su poder político, es decir su poder social, destruyendo el parlamentarismo de la democracia capitalista, para acceder a nuevos órganos democráticos donde los trabajadores ejerzan directamente el gobierno en las fábricas y empresas, en los barrios..., en toda la sociedad y sus delegados sean elegidos democráticamente y revocables en cualquier momento siendo su salario nunca mayor que el sueldo medio de los trabajadores.

PARA VOZ OBRERA LA CLASE TRABAJADORA, EL MUNDO DEL TRABAJO Y ELEVAR LA CONCIENCIA DE CLASE, ES NUESTRA OPCIÓN PRIORITARIA.

La sociedad actual que denominamos capitalista, está dividida en clases sociales:

- Una minoría de ricos, banqueros, grandes empresarios y toda la ralea de altos funcionarios, directivos y sus jerarcas políticos, que dominan la sociedad a través de la propiedad privada de las grandes empresas y bancos y financian a sus políticos y medios de comunicación.
- Y la mayoría de la sociedad, la clase trabajadora que por un salario trabaja y es internacional. Ésta, mantiene la sociedad en funcionamiento, con cada vez más salarios precarios, despidos y desempleo.

Somos más de 22 millones de asalariados en España, parados y activos, que desde los hospitales hasta la educación, pasando por las fábricas o el transporte hace que podamos comer, curarnos o vivir bajo un techo. Además las clases populares, la pequeña burguesía, los autónomos, pequeños empresarios, campesinos y que viven de su trabajo sin explotar a nadie que también pertenecen al mundo del trabajo. ¿Quién dice que no existe clase trabajadora?

Por su número, su importancia social y el papel que juega en la economía los trabajadores son la fuerza que puede cambiar el mundo. Incluso se lleva todos los golpes porque los capitalistas mantienen sus beneficios de la explotación del trabajo asalariado. Los patronos utilizan el paro para bajar los salarios y meter miedo. Y encima es la única clase que no está interesada objetivamente en dominar y explotar a nadie.

¿POR QUÉ LUCHAN LOS MILITANTES DE VOZ OBRERA?

No proponemos un programa electoralista. Nuestro programa se basa en la lucha por aumentar la conciencia de clase. Pues las elecciones son un medio de conocer la opinión y el rechazo de las políticas antiobreras de los gobiernos capitalistas. A lo sumo podrán ser un altavoz de los trabajadores, y en los parlamentos la expresión de los oprimidos. Pero nunca engañaremos a los trabajadores con las ilusiones de que se puede cambiar la sociedad, destruir el capitalismo, construir el socialismo con elecciones y en el parlamento. Y en la democracia capitalista aunque haya libertades el poder lo tienen los capitalistas.

Por ello priorizamos el trabajo político en la clase trabajadora, sin distinción de categoría o nacionalidad, y donde ésta se encuentra: en las fábricas, empresas, y los barrios obreros y populares. De ahí que sigamos en la lucha en los lugares donde nos encontremos, hasta el final, a través de nuestros boletines de empresa y en los barrios. Tenemos la convicción de que la clase trabajadora tiene que salir a la calle, a la sociedad en lucha por sus propias reivindicaciones y estas movilizaciones y huelgas serán progresivamente más y más generales hasta la paralización del país y obligar a los gobiernos y los capitalistas a dar marcha atrás a todos sus ataques.

Estamos convencidos que es necesario construir un partido obrero, de trabajadores y comunista, que será, seguro, formado por miles de militantes y que será la confluencia de tendencias que existen en la lucha obrera. Y para construir este partido no hay atajos. Hay que estar y luchar permanentemente donde la clase trabajadora se encuentra y tiene su fuerza.

Precio 3,00 €